

II. ORIGEN Y EVOLUCIÓN DE LA IDEA DE DESARROLLO.

“Hay dos cosas de las que estoy seguro: primero, que se debe tratar al capitalismo como un proceso de evolución, y que todos sus problemas fundamentales arrancan del hecho de que es un proceso de evolución; y, segundo, que esta evolución no consiste en los efectos de los factores externos (incluso factores políticos) sobre el proceso capitalista, ni en los efectos de un lento crecimiento de capital, de la población, etc..., sino esa especie de mutación económica, me atrevo a usar un término biológico, a la que he dado el nombre de innovación” (Schumpeter, 1976:12).

Este capítulo tiene por objeto la noción de desarrollo. Una noción que al estar incorporada en el lenguaje común implica efectuar su genealogía ya que su definición varía de acuerdo con el a priori implícito en el origen de la reflexión. Hay que hacer un esfuerzo para conseguir, advierte Rist (2002), el necesario distanciamiento respecto a las connotaciones asociadas al término desarrollo, a los juicios de valor que en él subyacen. Una noción, por tanto, que no es ni ha sido, históricamente, neutra axiológicamente⁴⁵. Ya desde los denominados *clásicos* en economía y en sociología se trata de una noción cargada de ideología, y que se refleja claramente en la economía del desarrollo en los años cuarenta y en la sociología funcionalista de la modernización⁴⁶. Una sociología que apuesta por el progreso; un valor que transmite la idea de civilización en progreso, es decir, la civilización ha progresado en el pasado, está progresando ahora, y continuará progresando en el futuro. Es así que esta idea amplía su ámbito, pasando de la acumulación de conocimiento humano a la que había sido universalmente confinada en el siglo XVII a tener un alcance cada vez más amplio, llegando a incluir la idea de la unidad de la humanidad en un proyecto del futuro, hecho posible por la expectativa de que la acción humana mantendrá el camino de la historia siempre en una vía ascendente.

El progreso es la garantía de la unidad de la humanidad y su avance necesario se interpreta como la diversidad de una forma particular. Se pretende “que la variedad es debida a los diferentes estadios de desarrollo o de progreso que algunas sociedades han alcanzado. Los más primitivos son vistos como si permanecieran en los primeros estadios, y mostrarían, a los más civilizados, la imagen de su propio pasado; los más civilizados representan estadios posteriores, mostrando a los más primitivos la iluminación de su futuro. Se presume que hay una trayectoria común por la que discurren todas las sociedades. Por usar una metáfora, puede pensarse en una escalera común por la que todos ascienden, pero con distinta

⁴⁵ Rist (2002).

⁴⁶ El concepto técnico de modernización se institucionalizó “en los ambientes académicos de la sociología norteamericana para referirse ante todo a las consecuencias sociales y políticas generadas por el crecimiento económico (y a las posibilidades de acelerarlo mediante programas gubernamentales *ad hoc*) que por entonces tenía lugar en los países en vías de desarrollo y en aquellos otros del llamado Tercer Mundo recientemente descolonizados, muchos de los cuales sólo alcanzaron la independencia política plena tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. Y entre tales secuelas del crecimiento económico *moderno* se citaban la industrialización, la emigración del campo a la ciudad, la urbanización, la alfabetización, la escolarización, la caída de la mortalidad y después la fecundidad, el crecimiento de los medios de comunicación de masas y, por último, el llamado *desarrollo político*, entendido como democratización al estilo occidental” (Gil Calvo, 1995:328).

velocidad y desigual éxito. O una misma escalera en la que todos están pero en distintos peldaños. Al final del trayecto, o en lo alto de la escalera, encontraremos a las sociedades más exitosas, más desarrolladas y mejor civilizadas de Occidente” (Sztompka, 1995:49)⁴⁷.

Taylor y Flint (2002:6) afirman que el funcionalismo acepta el supuesto de la sociedad múltiple, pero el análisis de los sistemas-mundo de Wallerstein (1987) no acepta que este supuesto sea un punto de partida válido para comprender el mundo moderno. En vez de defender que el cambio social tiene lugar país por país, Wallerstein postula la existencia de un sistema-mundo que en la actualidad tiene una extensión global. Si aceptamos este supuesto de Wallerstein, las numerosas sociedades nacionales se convierten simplemente “en partes de un todo mayor, por lo que un determinado cambio social sólo puede ser comprendido en su totalidad en el contexto más amplio del sistema-mundo moderno”⁴⁸. Es este supuesto suficientemente convincente y refuerza nuestra idea de que la consolidación del sistema mundial requirió de convicciones y justificaciones en orden a legitimar el trayecto histórico de conjunto del sistema-mundo; trayecto que “plantea la cuestión de cómo conceptualizamos el cambio social” (Taylor y Flint, 2002:5). Y es que la idea de progreso incluye “orientaciones específicas respecto de la historia como registro de sucesos. Promueve una definida y singular interpretación de las diferencias socioculturales e indica un modo de empleo de esas diferencias en la construcción de teorías del cambio social y cultural. Postula un orden cultural de cosas, afirma un universalismo y crea un sistema de correspondencias que nos presenta un rico y detallado cuadro sobre el decurso de los asuntos humanos. Identifica, como entidad real, una categoría de lo accidental, lo fortuito, lo anormal o antinatural. Proporciona un complicado método para hipostasiar o reificar entidades cuyo derrotero temporal se puede rastrear. Está penetrada de nociones orgánicas primitivas acerca del ser y el devenir” (Bock, 1988:61).

Una conceptualización o justificación del cambio social la constituyó el evolucionismo

⁴⁷ Nisbet (1976; 1988); Sachs (1996).

⁴⁸ La teoría del sistema-mundo tal como es formulada por Wallerstein “descansa en los postulados siguientes: a) el mundo es hoy la unidad de análisis más determinante para comprender los mecanismos de socialización (aunque el Estado sea todavía un elemento necesario para la estabilización del capitalismo global); b) la división del trabajo es el nexa más significativo; c) el mercado y las relaciones internacionales son el producto de una lógica social subyacente que se expresa en la economía” (Larochelle, 2004:187).

social. El evolucionismo se basaba en la hipótesis no verificable de que los acontecimientos se encadenan de acuerdo con una finalidad predeterminada, que proporciona continuidad al pasado, al presente y al futuro. Nisbet (1976; 1988) plantea una serie de premisas que hacen referencia a la naturaleza del cambio planteadas por el evolucionismo social, premisas que son las características realmente duraderas y más influyentes de la teoría evolucionista: (1) Comte, Marx y Spencer partieron del supuesto que el cambio social es natural y se encuentra en la estructura del ente del que se trate, ya sea del conocimiento humano y luego la civilización, el medio de producción a través de las épocas o cada una de las gamas de las principales instituciones de la sociedad; (2) el cambio es direccional, en la medida en que se ofrece en los tres casos una secuencia de etapas o fases que se suceden unas a otras; (3) el cambio es inmanente en la entidad que se considera, hecho que se observa en las denominadas leyes de dinámica social de Comte, en las hipótesis de desarrollo de Spencer y en las leyes económicas de movimiento de la sociedad capitalista en Marx; (4) el cambio es continuo, pues existe una gradación lógica de pasos dentro de una serie única, planteamiento que se remonta a la idea de Leibniz de que la naturaleza no da saltos; (5) el cambio es necesario, pues existe una necesidad lógica de desarrollo en relación con la estructura del ente social analizado; (6) como el cambio procede de causas uniformes, el presente es la clave para entender el pasado.

Rist (2002) nos dice que considerar que los acontecimientos se eslabonan de acuerdo con una finalidad predeterminada, tuvo dos consecuencias importantes, una de carácter teórico y la otra política. La primera está en que el evolucionismo permitió conciliar a su manera la diversidad de las sociedades y la unidad del género humano, pero lo que se planteaba como respeto a la variedad de identidades culturales no era tal cosa, ya que los evolucionistas sociales veían en la evolución de la humanidad un único camino de desarrollo posible. La creencia en un desarrollo natural y necesario de las sociedades impedía considerarlas en sí mismas, con sus especificidades, para juzgarlas sólo en función del referente occidental. Colocaban a cada sociedad en una serie temporal que conducía desde la barbarie a la civilización⁴⁹. La segunda consecuencia es que el evolucionismo social otorgaba legitimidad al proceso de colonización en África y Asia, al presentar a Occidente como el

⁴⁹ Burke (1987); Callinicos (2003b).

precursor de una historia común a toda la Humanidad. Hasta el mismo Marx (1976) justificó la necesidad histórica del proceso de colonización, aunque a su vez criticó sus excesos. Marx reconocía la tendencia del capitalismo a expandirse a escala mundial y creía que de ella derivaría la industrialización de los países atrasados. Sin embargo, en sus obras de madurez empezó a contemplar al colonialismo, y el tipo de comercio internacional que éste generaba, como un obstáculo para el desarrollo de los países precapitalistas. Es decir, comenzó a percibir la singularidad del capitalismo atrasado como un producto histórico del colonialismo y ya no como un simple retraso, en contra del evolucionismo que veía el progreso no como un mero accidente, sino como una necesidad, y que avanza siempre de forma continua, gradual y acumulativa, por lo que los evolucionistas creían posible discernir no sólo la curva de desarrollo que va del pasado al presente, sino también la que va hacia el futuro.

2.1. Primer periodo: de finales del siglo XVIII a principios del XX.

Los evolucionistas y desarrollistas colocaron las fuerzas motrices (o agencias) de la evolución y del desarrollo en el dominio natural. De esta manera, “las tendencias y potencialidades inherentes a la sociedad fueron hechas responsables del curso progresivo de los procesos sociales (al igual que las tendencias codificadas en los genes, en los embriones o en las semillas se manifiestan durante el crecimiento de los organismos). Esta secularización (naturalización) de la agencia condujo a la consideración del progreso como un despliegue natural e inexorable de potencialidades, que demandaba adaptación o ajuste como única reacción humana concebible” (Sztompka, 1995:54). Este despliegue natural contiene una imagen del cambio social, y que explica que haya sido central “en la formación de la sociología como disciplina, y continúa plasmando profundamente sus temas y perspectivas, así como las de otras ciencias de la sociedad y la cultura” (Bock, 1988:60).

Así, por ejemplo, Comte (1996) analizó la historia de forma abstracta, con el objetivo de situar al estado positivo en un contexto evolutivo, planteándolo como una fase más en la evolución humana, como un producto natural y necesario de procesos anteriores, que no pueden entenderse al margen de toda la historia precedente⁵⁰. Comte a lo largo de su obra ilustra los procesos de progreso mediante los cuales las sociedades han pasado por un estado teológico y luego metafísico para alcanzar finalmente el estado positivo en el cual triunfa la ciencia y el industrialismo. Pero no sólo la civilización pasó por estas tres fases, sino también el conocimiento humano. El desarrollo del conocimiento por las tres etapas es necesario pues obedece a la pauta de desarrollo de la civilización, la cual se basa en el instinto uniforme de mejorar la propia condición de los hombres. Para este autor la motivación continuada hacia el cambio surge de la propia psique humana, con sus ilimitadas exigencias de satisfacción de las necesidades humanas⁵¹.

Otro ejemplo es Spencer (1972), que subsumió el progreso bajo el principio común de la evolución; principio común a toda realidad, tanto natural como social, pues toda realidad consiste en materia, energía y movimiento. De este modo propuso la ley de la complejidad creciente o diferenciación estructural, según la cual los organismos vivos, como los organismos sociales, pasan de la homogeneidad a la heterogeneidad, de lo informe a lo complejo⁵². Según Spencer, desde los primeros cambios cósmicos que puedan señalarse hasta los más recientes cambios de la civilización, observamos que la transformación de lo homogéneo a lo heterogéneo es aquello en que consiste esencialmente el progreso, ya que la ley general de la evolución encuentra un desarrollo específico en las siguientes regularidades: hay una inestabilidad inherente a las poblaciones homogéneas, pues los hombres no pueden permanecer en una masa homogénea sin que surjan roles, funciones, poder, prestigio y propiedad distintos. Las diferenciaciones iniciales se extienden de forma gradual y acumulativa, y la sociedad empieza a dividirse en facciones, clases y grupos según diferenciaciones de clase, nación y ocupación. Spencer explica, de esta forma, el

⁵⁰ Sztompka (1995).

⁵¹ Ritzer (2001).

⁵² Giddens (1988; 1998).

desarrollo progresivo de la división del trabajo y la sucesión de estadios distinguibles en la historia humana desde las sociedades simples hasta las civilizaciones⁵³.

“La división del trabajo social” de Durkheim (1995) está trazada de acuerdo con el esquema de Spencer y constituye un esfuerzo por describir las etapas de desarrollo de la solidaridad social dentro de la sociedad humana en general a partir de la progresiva división social del trabajo, y haciendo de ésta la principal fuente de solidaridad social. Durkheim presentó un análisis del cambio social según el cual el advenimiento de la era industrial comportaba la aparición de un nuevo tipo de solidaridad. Siguiendo la estrategia de Spencer, Durkheim propone una tipología dicotómica de las sociedades basada en la calidad diferente de los lazos sociales: la solidaridad mecánica está arraigada en la similitud de funciones y tareas no diferenciadas; la solidaridad orgánica está enraizada en la complementareidad, en la cooperación y en la indispensabilidad mutua de papeles y ocupaciones altamente diferenciados. La tipología es tratada como un esquema cronológico, que describe el punto inicial y el punto final de la evolución social, ya que la historia se mueve de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica. Por lo tanto, la dirección principal de la evolución ha de buscarse en la creciente división del trabajo, en la diferenciación de tareas, deberes y papeles ocupacionales que se producen en la sociedad a lo largo del tiempo⁵⁴.

Marx (1984) puso de manifiesto que el capitalismo, como realidad histórica, se rige por el principio de acumulación competitiva y que explica que el desarrollo histórico, lejos de ser lineal, opera a través de rupturas, recaídas, retrocesos, y además no es gradual y acumulativo, pues opera a través de umbrales o rupturas que señalan las fases de la historia. La secuencia de las fases históricas en Marx tienen un importante contenido evolucionista, pues creía en el progreso constante de la sociedad, como dirección general del proceso histórico. Consideraba que podía establecerse a lo largo de la historia una serie de estadios distinguibles unos de otros, a lo largo de un camino uniforme, y vio en la división del

⁵³ El evolucionismo de Spencer fue incorporado en el estructural-funcionalismo, en el sentido de que para esta perspectiva “los procesos fundamentales son la diferenciación según forma y función y el movimiento de lo simple a lo complejo” (Bock, 1988:97).

⁵⁴ Ramos (1999).

trabajo el aspecto central del proceso de complejización y de diferenciación creciente de las sociedades como tendencia histórica dominante⁵⁵.

Para Sztompka (1995) existen en la obra de Marx tres modos de determinación causal que dan al cambio social un carácter necesario o contingente. En el nivel histórico mundial, Marx manifiesta un fuerte determinismo, al postular que el proceso histórico general es irreversible, pasando de estadios definidos, en principio uniformes, que conducen inevitablemente al comunismo. En el nivel socioestructural existe un determinismo mucho más débil, ya que las clases emprenden acciones colectivas basadas en sus intereses económicos, dirigidas a su afirmación o defensa, aunque también pueden carecer de conciencia suficiente acerca de sus intereses. En este caso, las clases actuarán en contra de sus intereses económicos, a contracorriente de las determinaciones económicas. En el nivel de la acción individual es donde es más fuerte el componente de voluntarismo y contingencia, ya que cada persona puede actuar, en principio, en contra de sus intereses económicos. Muchos lo hacen, anteponiendo consideraciones de tipo emotivas, tradicionales o ideológicas. Sin embargo, de forma distributiva para cada persona existe una considerable indeterminación, tomando las acciones colectivamente prevalece la determinación económica.

Convencionalmente se considera que Comte, Spencer y Marx, aunque difieren en cuanto a la manera de identificar los diversos estadios por los que deben pasar todas las sociedades, están de acuerdo en que la evolución es consustancial con la historia, que todos los pueblos recorren el mismo camino y que no todos avanzan al mismo ritmo que la sociedad occidental que mantiene, en relación con las demás, una indiscutible ventaja en su desarrollo. Pero, desde nuestra perspectiva, hay que efectuar una matización, en el sentido de que Comte y Spencer consideraban que el progreso del espíritu o de la diferenciación estructural, respectivamente, eran procesos lineales, consistentes y persistentes⁵⁶. Por el

⁵⁵ No hay más que consultar los escritos de Marx sobre la India o el Manifiesto Comunista para darse cuenta qué lugar ocupaba la idea de progreso en el desarrollo del capitalismo. Véanse Wallerstein (1988); Sztompka (1995); Sachs (1996); Bustelo (1998).

⁵⁶ Por otra parte, a estos autores se les designa como historicistas. Pero, como señala Nisbet (1988), tal y como lo ha empleado Popper (1971), la palabra historicismo evoca además la necesidad objetiva o el determinismo. Así, para Popper tanto Hegel como Marx son historicistas, pues apelaron al pasado, al presente

contrario, Marx sostenía que dentro de cada formación socioeconómica se observan regresiones regulares y sistemáticas, tales como la creciente explotación y el empobrecimiento de las masas que se intensifican hasta el punto de hacer inevitable la revolución social. En palabras de Sztompka (1995:55), “la revolución significa un salto progresivo de primera magnitud, pero entonces ese mismo proceso de regresión interna y de decadencia comienza de nuevo dentro de una nueva formación socioeconómica, en sus comienzos muy ‘progresista’ pero que después se va deteriorando y va preparando el terreno para la siguiente revolución. A largo plazo, la trayectoria de la historia es progresiva, a corto plazo incorpora fases transitorias de regresión”.

Otra justificación a destacar del trayecto histórico del sistema-mundo está en el pensamiento económico. Concretamente, en los economistas clásicos de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Economistas que se preocuparon por las causas, consecuencias y perspectivas del crecimiento económico. En el pensamiento del siglo XVIII está la idea de que existe una historia natural de la humanidad, es decir, “que el ‘desarrollo’ de las sociedades, de los conocimientos y de las riquezas corresponde con un principio ‘natural’. A partir de este sentido –oculto a veces bajo prácticas o acontecimientos como la guerra, que lo oscurecen temporalmente- puede construirse un discurso totalizador que muestra la continuidad de un mismo proceso desde los orígenes a nuestros días” (Rist, 2002:51). Ésta es la razón, según Rist (2002), por la que la principal obra de Smith se titula “Investigación sobre las causas y la naturaleza de la riqueza de las naciones”, pues el desarrollo económico se presenta como una necesidad natural, en base a la propensión natural del hombre al intercambio. De este modo, el desarrollo no es una opción, sino una finalidad en sí misma que cree “en el mito del *comercio/mercado* como mecanismo social pacificador de las conductas humanas” (Sánchez, 2004:163)⁵⁷.

y, en algún grado, al futuro para bosquejar una construcción del desenvolvimiento de la humanidad, a la vez inmanente, direccional y necesario. Con esta perspectiva, bastante amplia y flexible, el historicismo puede tener un sesgo conservador, un sesgo liberal o un sesgo radical. Sin embargo, para Nisbet, este término parece designar más bien a los conservadores, o al menos a aquellos preocupados por mostrar las raíces pretéritas del presente, es decir, comprender el pasado se estima vital para elucidar el presente.

⁵⁷ “La Ilustración escocesa encarnó ese gesto mercantilista en el que el hombre europeo de la modernidad incipiente creyó ver el principio de la prosperidad humana y de la paz entre las diferentes culturas del mundo. La modernidad también cometió el error (trágico) de *encantar* la realidad, de intentar de aglutinar en torno a una imagen los poderes irreconciliables que mueven el mundo. Como muy bien recuerda Hirschman (en el afán de explicar los orígenes de la cultura capitalista), el hombre moderno también *creyó*, y lo hizo con tal

A Smith (1990) le interesa la naturaleza de la riqueza en términos de crecimiento, es decir, de las causas y de las fuerzas mediante las cuales tiende a comprobarse el crecimiento natural de la riqueza. La causa principal del proceso es el impulso de trueque y cambio, y de este instinto de cambiar surge, casi universalmente, la división del trabajo, el medio a través del cual los hombres mejoran su posición de obtención de riqueza especializándose en el mundo del trabajo. No obstante, Smith es consciente de las desigualdades de riqueza existentes entre las naciones y también de las interferencias que operan en los procesos naturales de crecimiento de la opulencia y de la riqueza, tales como ciertas formas institucionales, costumbres y creencias. Por tanto, si se cumplen determinadas exigencias institucionales, como el libre comercio internacional y la intervención del Estado queda limitada a la justicia, a la defensa, al orden público y a determinadas obras públicas, el crecimiento es autosostenido. Sin embargo, hay que destacar que la riqueza de la nación depende de la acumulación de capital, pero ésta tiene diferentes grados de distribución.

Para Smith las ganancias las obtienen los capitalistas, los salarios los trabajadores y la renta los terratenientes y concluía que mientras se obtengan ganancias para la inversión, el sistema genera riqueza, y se da un crecimiento de la economía, y es que la inversión “permite ampliar el mercado, fomenta la división del trabajo y hace crecer la productividad laboral. A su vez, ese crecimiento garantiza un aumento de los salarios y de la demanda de bienes de consumo y de los beneficios y, por tanto, de la acumulación del capital” (Bustelo, 1998:47-48). No obstante, ese crecimiento no es indefinido, pues se puede llegar al estado estacionario por la sobreacumulación de capital y los rendimientos decrecientes de la tierra y de los esfuerzos por abrir mercados externos.

Por su parte Ricardo (1973) se interesó por las consecuencias a largo plazo del crecimiento económico, aunque mostró más interés que Smith por la distribución, pues la consideraba central para la acumulación de capital y, por tanto, para el desarrollo⁵⁸. Ricardo afirmaba que el problema de la distribución del ingreso entre las clases sociales se plasma en dos

intensidad que, olvidándose que era un acto de fe, lo hipostasió y lo universalizó integrándolo al conjunto vario de la cultura humana bajo su autoimagen racionalizadora y secularizadora” (Sánchez, 2004:163).

⁵⁸ Bustelo (1998).

conflictos: por una parte, entre ganancias y renta y, por el otro, entre ganancias y salario. En cuanto al primer conflicto, sostenía que los terratenientes son una traba para el desarrollo del capitalismo, ya que consumen el excedente producido por la sociedad bajo la forma de renta. Con respecto al segundo conflicto, planteaba que si bien salarios altos implican ganancias bajas, las leyes económicas mantienen el salario a un nivel de subsistencia. Asimismo, este autor formuló por primera vez la ley de la ventaja comparativa⁵⁹. Dicha ley consistía en que cada país puede ganar en el intercambio si los precios relativos de los productos puestos en el mercado difieren de un país a otro. A partir del ejemplo de Portugal e Inglaterra, Ricardo demuestra que el libre cambio beneficia a los dos países, pues para ganar en el intercambio cada uno va a especializarse en el ámbito en el que está mejor situado, es decir, reasigna a la fabricación del bien para el que es más competitivo las horas de trabajo dedicadas al otro bien. De esta manera por la misma cantidad de trabajo, un país obtiene un mayor volumen de mercancías gracias al libre comercio. Por lo que la especialización significa la potenciación de la capacidad de producción y consumo de todas las naciones, constituyéndose, desde la perspectiva ricardiana, en un factor de desarrollo.

Ya Smith (1990:339) había establecido estas ventajas de la especialización, pero refiriéndose al intercambio entre campo y ciudad. Smith manifiesta que “la ciudad, donde no existe ni puede existir reproducción de especies, puede decirse que gana en el campo toda su riqueza y subsistencia; pero no por esto habremos de imaginar que la ganancia de la ciudad representa precisamente una pérdida para el campo, porque la ganancia de ambas partes es recíproca, y la división del trabajo también es, en este caso, como en los demás, ventajosa a cuantas se emplean en las varias ocupaciones en que se encuentra aquél subdividido. Los habitantes del campo compran en la ciudad más cantidad de géneros manufacturados con el producto de mucho menor cantidad de trabajo propio, que la que necesitarían emplear si preparasen por sí mismos aquellas manufacturas”. En todo caso, lo relevante es que Ricardo desarrolla el principio de las ventajas comparativas teniendo en cuenta las necesidades de la economía inglesa de su tiempo. Ahora bien, no profundiza en su análisis el tratamiento del valor internacional de las mercancías. Aunque es cierto que en aquel entonces el deterioro de los términos de intercambio no era tan pronunciado para los

⁵⁹ Como se verá más adelante, a partir de la teoría del intercambio desigual se harán patentes las

países no manufactureros como lo fue durante el siglo XX. Por esta razón, Ricardo no participó en los aportes para comprender el significado del intercambio desigual, como sí lo hicieron corrientes teóricas posteriores a partir de los trabajos de Raúl Prebisch.

Por último hay que destacar que desde la revolución marginalista⁶⁰ del decenio de 1870 hasta la aparición del keynesianismo en los años treinta del siglo XX, transcurrió un largo periodo de hegemonía del pensamiento neoclásico en economía. En este pensamiento, “la sociedad *de* los individuos (N. Elias) basada en el mercado se concibe como *autoinstituida* desde el momento en que la actividad mercantil libremente gestionada por los individuos genera, colateralmente, el cemento invisible que les vincula moralmente más allá de su interés económico inicial. Siendo éste el acicate de sus encuentros, su efecto slutífero desemboca en redes de solidaridad que regulan el tráfico social. El orden social es prolongación y cristalización (no deliberada) de la interacción” (Sánchez, 2004:194).

En lo que aquí nos interesa, lo más relevante es que los teóricos principales de esa escuela se desentendieron del interés en el crecimiento del que habían hecho gala sus predecesores y, más aún, del desarrollo⁶¹, ya que la insistencia en el equilibrio espontáneo entre oferta y demanda en los distintos mercados eliminaba la variable tiempo del análisis económico⁶². Para esta tradición el problema no es la generación de la riqueza y su distribución, como tampoco el trabajo y la producción, sino la asignación eficiente de los recursos existentes. Básicamente, el objeto de estudio que le cabe a la economía trata sobre los recursos escasos y sobre la obtención de ganancias y de utilidad, teniendo en cuenta el comportamiento de los consumidores y de las firmas.

desigualdades existentes en el comercio internacional.

⁶⁰ La tradición neoclásica, siguiendo a Bustelo (1998), se elaboró principalmente en tres grandes escuelas: la escuela de Lausana (Walras y Pareto), la escuela inglesa (Jevons, Edgeworth, Wickteed y Marshall) y la escuela austríaca (Menger, Von Wieser y Böhm-Bawerk, que daría lugar a la corriente ultraliberal de Von Mises y Hayek).

⁶¹ Posteriormente, la doctrina neoclásica va a interpretar el desarrollo de los países no industrializados en tres pilares: las transferencias masivas de capitales, en especial de origen privado, la exportación de materias primas, y el libre juego del mercado en el marco de la teoría de las ventajas comparativas capaz de beneficiar a todos los participantes en el intercambio. De este modo, la teoría del beneficio en el intercambio basada en la ventaja comparativa, jugaba y aún juega un papel determinante para justificar la inclusión de los países dominados en el sistema del comercio mundial bajo la forma del teorema de Heckscher, Ohlin, Samuelson.

⁶² Como señala Bustillo (2005:119) “con el triunfo de la revolución marginalista cambias las prioridades de análisis, abandonándose las cuestiones de naturaleza dinámica para centrarse en el estudio del mercado como forma de organización social y su funcionamiento en un contexto estático”.

La tradición neoclásica desarrolla un análisis de tipo ahistórico del funcionamiento del sistema económico, y a través de su interpretación sobre la asignación de recursos, afirma que las leyes que rigen la distribución del ingreso (ingresos de los hogares y retribuciones al capital) dependen exclusivamente de las condiciones tecnológicas y que, además, son independientes del tipo de sociedad en la que operan, vale decir, no se trata de ningún modo de factores extraeconómicos e históricos. Esta exclusividad de las leyes que rigen la distribución del ingreso respecto a las condiciones tecnológicas son sostenidas únicamente por esta tradición teórica. Además, una proposición que constituye una premisa básica del pensamiento neoclásico es afirmar que el crecimiento del capital por hombre ocupado se corresponde con una tasa de beneficio decreciente en ausencia de progreso técnico, cuya manifestación más frecuente se observa en el uso de una función de producción agregada. Sobre esta idea vertebral se superpone la noción de progreso técnico y se derivan así las conclusiones neoclásicas en materia de distribución y de elección de tecnología.

La explicación neoclásica del problema distributivo parte del conocimiento a priori de la función de producción agregada, ya que a partir del conjunto de relaciones dado por las funciones de producción (que especifican la tecnología disponible), las funciones de utilidad (que especifican los gustos vigentes) y las restricciones de presupuesto (determinadas a partir de la propiedad de los recursos), es posible definir un conjunto de mercados de productos y de mercados de recursos. Así, en la solución obtenida se verifica el pleno empleo de todos los recursos, se verifica la plena colocación de todos los productos y, en equilibrio, cada recurso obtiene un precio igual a su productividad marginal en la producción. Esta es la regla fundamental de la teoría distributiva neoclásica, y que se apoya en la creencia de que la riqueza –desarrollo– se autogenera a partir de la propiedad privada. Así, para un historiador neoclásico de la economía como es North (1984), “la institucionalización de la propiedad privada es el gran invento jurídico que revolucionó la historia de la economía, dado que permitió que fuese por fin rentable la innovación tecnológica y la inversión productiva, iniciándose la explotación científico-técnica de los recursos productivos y haciéndose así posible el crecimiento autosostenido (basado en el

círculo virtuoso ahorro inversión), con lo que se abrió el paso definitivamente a la modernización capitalista” (Gil Calvo, 1995:349).

Y es que el “consenso de fondo de la modernidad comparece como el *destino* compartido por una época que insta a *todo hombre* (independientemente de su posición social, confesión religiosa, cultura y género) a realizarse como *individuo propietario* de su vida y de sus bienes, como ciudadano de una comunidad política (el Estado) a la que se adhiere libre y autónomamente a partir de decisiones que emanan de la soberanía de su conciencia” (Sánchez, 2004:164). Sánchez argumenta que la vida moderna apunta a esa circunstancia histórica en la que el impulso mítico del comercio pacificador desemboca en la deificación de la racionalidad formal que coincide con el oscurecimiento de otras instancias de valor que dificultan el funcionamiento mecánico del cálculo. El horizonte de acción moderno simplifica y reduce la complejidad del mundo pavimentando el terreno para la edificación de un orden social, en el que el individuo propietario actúa movido por la búsqueda de dinero, pasión que exige plan, proyecto y previsión a largo plazo, es decir, se substancia en una emoción sujeta a método, basada en la constancia y necesitada de rigor.

2.2. Segundo periodo: de finales de la Primera Gran Guerra a fines de la época dorada del capitalismo.

En lo que hace a la historia del desarrollo, el Tratado de Versalles de 1919 es importante porque en él se establece el sistema de mandatos, mediante el cual se confiere a algunos Estados miembros de la Sociedad de Naciones la responsabilidad administrativa de las posesiones territoriales de los Estados vencidos, legitimándose las intervenciones en países extra-europeos en nombre de la civilización, considerada patrimonio común de los Estados europeos. Así, en el artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones se utiliza, por primera vez en la literatura internacional, la noción de “grado de desarrollo” para justificar una clasificación de las naciones, afirmando además que, en lo alto de la escala, están las naciones “desarrolladas”, y que corresponde con el evolucionismo dominante.

El sistema de mandatos sobre los territorios disponibles, pese a estar concebido para ejercer un control sobre las actividades de las potencias mandatarias, terminó siendo funcional para los Estados coloniales. De este modo, por medio de la colonización, los Estados europeos se apoderan de los lugares y de los hombres concretos, y mediante el sistema de mandatos se ejerce una autoridad sobre las conciencias, en nombre del universalismo y de la humanidad. Según Rist (2002:81), la colonización era presentada gracias a la Sociedad de Naciones como una “misión sagrada de civilización”, y es que de golpe, el hecho consumado de la conquista toma un valor positivo y acaba siendo lícito destruir sociedades enteras, dado que se hace por su bien. Por tanto, mediante el sistema de mandatos de la Sociedad de Naciones se justificaba la empresa colonial “asignándole un objetivo casi religioso, excusando sus equivocaciones y magnificando sus éxitos. La ‘comunidad internacional’ parecía englobar desde entonces a todos los pueblos del mundo y su creencia –o su buena conciencia- parecía estar basada en un consenso universal. Faltaba, sin embargo, un actor nada despreciable, los Estados Unidos, y un concepto que quedaba por inventar, el ‘desarrollo’ ”.

Sin embargo, en el marco de este consenso internacional, y a consecuencia de la revolución rusa de 1917, las reivindicaciones de los pueblos colonizados comenzaron a multiplicarse. Estas reivindicaciones se apoyaron, relativamente, en las teorías de Lenin (1974) y de Rosa Luxemburgo (1975) sobre el imperialismo; teorías que constituyen un legado importante para la interpretación de la historia de los países periféricos del sistema-mundo. Pero también habría que hacer mención de los importantes aportes de J.A. Hobson (1979), Nicolai Bujarin (1971) y Hilferding (1985) para la elaboración y el desarrollo de la teoría del imperialismo. Podemos decir escuetamente que Hobson y Hilferding, cada uno a su manera, sostienen que los determinantes del imperialismo son el excedente de ahorro y el subconsumo por la concentración del ingreso y la industrialización monopólica, para Rosa Luxemburgo son el exceso de ahorro y el subconsumo por la imposibilidad del sistema para realizar y crear la plusvalía. Bujarin plantea que son las contradicciones internas de la reproducción ampliada del capital y las violentas convulsiones del capitalismo. Lenin

afirma que son el excedente económico y el subconsumo por el capitalismo monopólico financiero y el desarrollo desigual.

Lenin convocó el Congreso de Bakú en 1920 para activar y unificar la lucha anticolonialista. Lenin (1974) había escrito “El imperialismo fase superior del capitalismo” en 1916, y su intención era ofrecer un cuadro de conjunto de la economía mundial capitalista en sus relaciones internacionales, a comienzos del siglo XX. Para este fin, Lenin utilizó la obra de otros autores, reordenó algunas ideas, hizo mayor hincapié en los aspectos que apoyaban sus tesis; pero no aportó apenas nada nuevo. Las obras que más utilizó fueron la de Hilferding (1985) y la de Hobson (1979), y proponía esclarecer el problema de la esencia económica del imperialismo, sosteniendo que las tendencias políticas y militares del imperialismo son contingentes a la estructura y a los impulsos de la economía, al nuevo carácter del capitalismo, transformado a fines del siglo XIX de competitivo en monopolista.

En París (1920) y en Londres (1923), se celebraron congresos para el progreso de los pueblos oprimidos. En 1924, la Liga contra el Imperialismo⁶³ organizó en Moscú el primer Congreso de los Pueblos Oprimidos y, más tarde, el segundo en Bruselas en 1927, al que asistieron ya los presidentes Sukarno y Nehru. Posteriormente, cuando el gobierno británico transformó su Ley del Desarrollo de las Colonias en la Ley de Desarrollo y Bienestar de las Colonias en 1939, quedó reflejado la profunda mutación económica y política que se había producido en menos de una década. Los británicos, para dar a la filosofía del protectorado colonial un sentido positivo, adujeron la necesidad de garantizar a los nativos niveles mínimos de nutrición, salud y educación. Tras identificar el nivel de civilización con el de producción, el mandato dual se fusionó en lo que se comenzó a conocer como desarrollo. Noción que es exponente de la coyuntura económico-social de los años treinta⁶⁴, y en la que

⁶³ La Liga consideraba que la expansión imperial era la estrategia del capitalismo para defenderse de su colapso inmediato, pues, como afirmaba Marx, el verdadero límite de la producción capitalista es el mismo capital. Así, se consideraba que el imperialismo sirve a tres fines económicos cruciales: obtener una fuerza de trabajo barata, adquirir materias primas baratas y abrir nuevos mercados para los productos excedentes y las inversiones.

⁶⁴ Una coyuntura que permite hablar, también, de un cambio en los papeles del Estado. Nos estamos refiriendo al paso del Estado liberal al Estado de bienestar, ya que, como dice O'Connor (1981:26), el Estado “debe tratar de satisfacer dos funciones básicas y a menudo contradictorias: *acumulación* y *legitimación*. Esto significa que el Estado debe intentar mantener o crear condiciones en las cuales sea posible la acumulación

el capitalismo como sistema-mundo se hallaba “en medio de una de las crisis más serias de su historia y la cuestión más pertinente parecía ser no si el capitalismo sobreviviría, sino mediante qué combinación de reformas y resolución moriría” (Arrighi, 1999:391)⁶⁵.

En esta coyuntura se incentivó al Estado a intervenir en la economía por medio de políticas destinadas a atacar las dimensiones políticas y sociales de la crisis del 29. Y es que el Estado de bienestar, que transcurre entre 1930 y la Segunda Guerra Mundial, viene marcada por el desempleo masivo que provoca la crisis de 1929, “por las crecientes tensiones entre las clases sociales que marca la política interior (es el periodo de los frentes populares), por la presión sobre los cambios monetarios en la economía internacional y por el incremento de las rivalidades imperialistas entre las grandes potencias. Es el caldo de cultivo donde va a germinar, crecer y explotar el fascismo en Europa: ‘Si existió alguna vez un movimiento político que respondiese a las necesidades de una situación objetiva, en vez de ser consecuencia de causas fortuitas, ése fue el fascismo’ (...) En este período entra en crisis la idea misma de la economía de equilibrio basada en la independencia de la oferta en los procesos económicos y, por el contrario, se abre camino la idea de que la crisis sólo es superable con la intervención estatal y de que el problema de la demanda efectiva debe ocupar un lugar central en el análisis económico. Son ideas que Keynes sistematizará en la *Teoría general* publicada en 1936” (Cachón, 1995:202).

La Segunda Guerra Mundial significó para el mundo grandes transformaciones. En primer lugar, Europa tuvo que contar con la ayuda de EE.UU. y la URSS para liberarse del nazismo. Por distintas razones, estas dos nuevas potencias no tenían ningún interés en proteger la existencia de los imperios coloniales. En Yalta y en Bretton Woods se establecieron las piezas centrales de la arquitectura política y económica de la segunda

rentable de capital. Además, el Estado debe tratar también de mantener o crear las condiciones necesarias para la armonía social”.

⁶⁵ Arrighi (1999:393) subraya que “el capitalismo de la gran empresa, a pesar de todas sus prácticas restrictivas, ha experimentado durante los últimos cincuenta años un ciclo tan próspero como el producido por cualquier otro tipo de capitalismo previamente existente. Contrariamente a las expectativas de Schumpeter, sin embargo, el capitalismo de la gran empresa disfrutó de una oportunidad para demostrar toda su potencial de crecimiento precisamente gracias a los horrores y las glorias de la II Guerra Mundial. La gran empresa aprovechó la oportunidad, pero ésta había sido creada por un gobierno poderoso (el estadounidense), que había aumentado su poder mediante y a causa de la guerra y que lo aumentaría todavía más como respuesta a los desafíos planteados por la revolución comunista en Eurasia”.

mitad del siglo XX. De manera formal o informal, EE.UU. estuvo en el centro de esos dos tratados, mientras que la guerra fría posterior terminó por reforzar esa centralidad⁶⁶. La Guerra Fría exigía medidas preventivas serias que desenvocaron en la creación de la OTAN. Las preocupaciones políticas de las grandes potencias estaban ocupadas por los acontecimientos que iban modificando considerablemente las relaciones políticas europeas⁶⁷.

De este modo, en la inmediata posguerra, los problemas más urgentes no parecían situarse en el Sur, sino en el Norte. Era necesaria la reconstrucción de Europa en ruinas. Al respecto, la puesta en marcha del Plan Marshall en 1947 estaba dirigida a ayudar a la economía europea y proporcionar salida al gigantesco potencial de producción americano necesitado de reconversión tras el final del conflicto. Este programa de recuperación europea debe considerarse como una estrategia política por parte de sus diseñadores: por un lado, la ayuda le permitió a la estancada economía americana reorientarse hacia una producción para tiempos de paz, ya que sólo una Europa recuperada industrialmente podía crear una demanda suficiente para los bienes producidos en los Estados Unidos. Por otro lado, el programa de ayuda confirmó a EEUU en el papel de nación líder del llamado Mundo Libre. De allí en adelante la ayuda es ayuda contra el comunismo.

En segundo lugar, a lo largo de la posguerra la idea de un mercado autorregulado, según Arrighi (1999:395), fue rechazada en la teoría y en la práctica por el gobierno estadounidense, cuyas estrategias de poder se basaron, por el contrario, en premisas como aquella según la cual los mercados mundiales podrían restablecerse y expandirse únicamente mediante su administración consciente por parte de los gobiernos y de las grandes organizaciones empresariales. La prodigiosa expansión del comercio y la producción experimentada por la economía-mundo capitalista en su conjunto, aproximadamente desde 1950 hasta 1970, período durante el cual el orden mundial de la Guerra Fría de Truman permaneció firmemente en vigor, “demuestra taxativamente la tesis de Schumpeter, que afirmaba que el potencial de crecimiento del capitalismo de la gran empresa no iba a la zaga de otros modelos. También ofrece *a contrario*, sin embargo, datos

⁶⁶ Pipitone (2000).

objetivos contundentes a favor de la tesis de Polanyi, que indicaba que únicamente si son gobernados los mercados mundiales pueden producir resultados positivos y no desastrosamente negativos, y que la mera existencia de los mercados mundiales, sea cual sea su duración, exige cierto tipo de gobierno mundial. A tenor de esta palmaria evidencia, puede parecer sorprendente la repentina revitalización durante la década de 1980 de las creencias del siglo XIX en un mercado autorregulado, y el redescubrimiento contemporáneo de las virtudes de la pequeña empresa por los teóricos de la ‘especialización flexible’ y del ‘sector informal’. Esta tendencia, sin embargo, no resulta tan extraña como podría parecer a primera vista. En realidad, se adapta perfectamente a la vieja pauta de comportamiento, observada por primera vez por Henri Pirenne, de fases alternantes de ‘libertad económica’ y de ‘regulación económica’ ”.

En tercer lugar, el enorme crecimiento que experimentó el capitalismo a partir de la Segunda Guerra Mundial se explica por las políticas económicas keynesianas que promovieron la innovación industrial⁶⁸ y la ideología industrializadora. El Estado keynesiano no financió el gasto estatal por medio del déficit público, sino por medio de la recaudación impositiva⁶⁹, y contrariamente a lo esperado, los impuestos no frenaron la acumulación, sino que, al ampliar la demanda agregada, impulsaron una mayor inversión en la economía. Keynes (1985) introdujo una perspectiva dinámica en el análisis económico, que le permitió tratar la inestabilidad cíclica a corto plazo de las economías desarrolladas. De este modo, sentó las bases de lo que luego serían las teorías modernas del crecimiento económico, con autores como Harrod, Domar y Kaldor⁷⁰. Se puede decir que Keynes no se interesó por el crecimiento económico a largo plazo ni por los países subdesarrollados. Sin embargo, influyó en el nacimiento de la Economía del desarrollo, pues rompió el esquema de la monoeconomía neoclásica. Además, no sólo situó el

⁶⁷ Rist (2002).

⁶⁸ Un exponente de las políticas de innovación fue Schumpeter (1976), quien distinguió entre crecimiento y desarrollo económico, entendiéndolo por el primero un proceso gradual de expansión de la producción con productos y técnicas constantes, y por desarrollo el resultado de nuevas combinaciones de factores productivos, generalmente a cargo de empresas innovadoras. Movilizar los recursos existentes para nuevos usos exigía, según Schumpeter, la extensión del crédito para convertir el ahorro en inversión y, sobre todo, la existencia de empresarios innovadores, esto es, de individuos que tuviesen a la vez talentos organizativo y creador así como motivación de ponerlos en práctica.

⁶⁹ Armstrong, Glyn y Harrison (1991).

⁷⁰ Citados por Bustelo (1998).

problema económico principal en la infrautilización de recursos (desempleo y subempleo de capital físico y humano), lo que sin duda influyó en el modelo de Lewis de oferta ilimitada de mano de obra o en la teoría de Nurkse o Rosenstein-Rodan del crecimiento proporcionado. De este modo, si bien Keynes reivindica que sus orígenes teóricos provienen de la economía neoclásica (a la que llama clásica), está evidentemente en desacuerdo con algunas de sus conclusiones, principalmente porque considera que la posibilidad del desequilibrio y la crisis es real, al igual que la existencia del desempleo involuntario. Por ello, critica a la economía neoclásica desde dentro y de manera constructiva, desarrollando su teoría general e incluyendo en ésta los postulados sobre el pleno empleo como un caso particular que difícilmente se da en la realidad.

Desde la perspectiva keynesiana se ve en la intervención estatal una solución al desequilibrio del mercado o al equilibrio ineficiente del mercado autorregulado en el sistema capitalista. En este sentido, la adopción de políticas económicas se constituyen en un mecanismo sistemático para corregir los desvíos surgidos del libre funcionamiento de los mercados, que, además, son inherentes a los ciclos económicos. Y es que toda política redistributiva progresiva genera un efecto multiplicador, que se traduce en un aumento de la actividad. De este modo, se considera que las políticas de inspiración keynesianas apuntaban a aumentar la inversión estatal en infraestructura, como también a estimular la demanda en general, para cubrir la brecha entre lo que se produce y lo que se consume. Se trataba de convencer a los empresarios de la necesidad de que el Estado realice inversiones para reactivar la economía.

Keynes (1985) afirmaba que ante la falta de inversión privada, el Estado tenía que intervenir en la economía, ya que lo que genera desempleo es la falta de inversión por parte de los empresarios capitalistas. Por otro lado, se buscaba aumentar el empleo por medio de una política económica de aumento de la demanda efectiva, incremento que, a través del multiplicador, resultaría en un aumento más que proporcional de la renta. Otro elemento central de las recomendaciones de Keynes lo constituye el crédito como elemento activador de la inversión y del consumo, requiriendo para ello la intervención estatal como autoridad regulatoria central en temas monetarios y financieros. A su vez, señala las

prioridades en la utilización del crédito y desincentiva la permanencia de los ahorros, mediante el manejo de las tasas de interés para la conversión de la masa de ahorro en inversión. De este modo Keynes ve en la intervención estatal una solución al desequilibrio y al equilibrio ineficiente del mercado autorregulado en el sistema capitalista. Entonces la adopción de políticas económicas se constituyen en un mecanismo sistemático para corregir los desvíos surgidos del libre funcionamiento de los mercados, que por otra parte son inherentes a los ciclos económicos.

2.2.1. Valoraciones del desarrollo.

La noción de desarrollo va a orientar las políticas nacionales de los países de todo el mundo tras la Segunda Guerra Mundial⁷¹, y la consolidación del liderazgo de los EE.UU., y que dará origen a la economía del desarrollo, constituyéndose formalmente en los años cuarenta. La Economía del desarrollo destacó esos primeros años por dedicarse a obtener medidas de política para aliviar la situación de subdesarrollo. Sin embargo, el nacimiento de una subdisciplina denominada Economía del desarrollo coincide con el período de descolonización y nace bajo la influencia del enfoque keynesiano que dominó el periodo de posguerra y contribuyó a la reconstrucción de Europa occidental.

Con la economía del desarrollo se produjo un retorno a la tradición clásica, cuya visión del crecimiento económico y del cambio social, parecía más apropiada para el estudio de los países subdesarrollados, ya que el estudio de las economías subdesarrolladas exigía, según los primeros economistas del desarrollo⁷², un instrumental distinto del creado por y para el

⁷¹ Y ello en un contexto en el que, para Arrighi (1999), la concesión de derechos de autodeterminación a los pueblos de Asia y África ha sido acompañada por la imposición de restricciones sin precedentes sobre los derechos reales de soberanía de los Estado-nación y por la formación de expectativas, que igualmente carecían de precedentes, respecto a las obligaciones domésticas y exteriores adscritas a tal soberanía.

⁷² El rechazo de la economía neoclásica fue lo que distinguió sobre todo a los primeros especialistas en desarrollo tras la Segunda Guerra Mundial. Se puede nombrar entre ellos a Hirschman (1961; 1973), Rosenstein-Rodan (1963), Perroux (1984), Lewis (1963), Rostow (1973), Nurkse (1960; 1968) y Prebisch (1964; 1987), y éste último sentará las bases de lo que se denominará posteriormente estructuralismo latinoamericano.

análisis de las economías desarrolladas. Aquéllas presentaban una estructura productiva más rígida y menos flexible que la de los países desarrollados. A las rigideces institucionales había que sumar la falta de flexibilidades económicas: la oferta de bienes y servicios era particularmente inelástica, de manera que no había respuesta rápida de la producción a los movimientos de los precios, y los propios mercados de esos bienes y servicios presentaban notables imperfecciones. A su vez, existían dentro de la economía del desarrollo dos posturas respecto al crecimiento⁷³.

La primera era la teoría del gran desarrollo y los rendimientos crecientes, en el que destacan Hirschman (1961) y Perroux (1984). Se trataba de un crecimiento basado en la concentración de la inversión en unos sectores determinados, aquellos que son más aptos para fomentar el crecimiento de otros sectores de la economía, esto es, los que tienen mayores efectos de arrastre. Por este motivo este crecimiento es denominado crecimiento desequilibrado. En teoría los sectores más eficaces a este respecto son los de bienes intermedios, ya que ejercen a la vez efectos de arrastre hacia delante (en las industrias de bienes de consumo) y hacia atrás (en las industrias de bienes de capital). La insistencia de Perroux en los polos de crecimiento, las inversiones arrastradoras o las industrias propulsores, reflejaba la afirmación de Hirschman según la cual el desarrollo es una secuencia de desequilibrios.

Este tipo de desarrollo se debía a la imposibilidad de un crecimiento proporcionado en una economía subdesarrollada (por la insuficiencia de capacidad inversora, la escasez de capacidad empresarial y de gestión o las restricciones del presupuesto estatal), a la posibilidad de aprovechar las ventajas de la especialización internacional y al superior aprovechamiento de los efectos de arrastre. Algunas críticas hechas a esta interpretación por los representantes del crecimiento equilibrado son las siguientes: la concentración de la capacidad inversora en sólo unos pocos sectores industriales puede suponer sobreespecialización, lo que impide la diversificación del tejido industrial y puede hacer que los efectos de arrastre se vean exportados hacia otros países; hay dificultades para

⁷³ Bustelo (1998).

identificar los sectores con mayores efectos de arrastre; y la agricultura queda marginada, por sus, en teoría, muy escasos efectos de arrastre.

Hirschman (1961:12) plantea que “aquellos que destacan la importancia del crecimiento equilibrado han hecho una contribución importante al reconocer que hay diferentes actividades económicas y de inversión que dependen unas de otras, pero de ello han sacado la conclusión demasiado fácil de que todas estas actividades interrelacionadas deben efectuarse simultáneamente”. Hirschman estaba en desacuerdo con la teoría del crecimiento equilibrado pues no veía factible que diferentes sectores de una economía en desarrollo crezcan al mismo ritmo para evitar dificultades de oferta. Por esta razón, nos dice Hirschman (1961:60-61), tal teoría ha necesitado anexarse a la del gran desarrollo de Rosenstein-Rodan. Por este motivo su crítica principal es que la teoría fracasa como teoría del *desarrollo*: “Se supone que el desarrollo significa el proceso mediante el cual un tipo de economía *se convierte* en algún otro tipo más avanzado. Pero, en la teoría del crecimiento equilibrado, un proceso de este tipo no puede presentarse ya que le es difícil visualizar el rompimiento del ‘equilibrio del subdesarrollo’ en cualquiera de sus puntos”. Y, más adelante, señala que “uno de los aspectos más curiosos de la teoría es la forma en que combina una actitud derrotista sobre las aptitudes de las economías subdesarrolladas con las expectativas enteramente irreales sobre sus capacidades creadoras”. Por lo que la aplicación del crecimiento equilibrado requeriría precisamente de montos enormes de aquellas capacidades cuya oferta es muy limitada en los países subdesarrollados; es decir, generalmente, no existen los recursos iniciales necesarios para que aparezcan cambios simultáneos en muchos sectores.

La otra postura respecto al crecimiento en la Economía del desarrollo era la del crecimiento equilibrado, representada fundamentalmente por Rosenstein-Rodan (1963), Nurkse (1960) y Lewis (1963), que sostenían que dicho crecimiento es el que resulta de una distribución o reparto equitativo de la inversión entre los distintos sectores de la industria de bienes de consumo para sacar provecho de las interdependencias entre ellos y para acelerar el crecimiento. De este modo proponían la necesidad de aumentar el tamaño del mercado, la posibilidad de obtener economías de escala y el aprovechamiento de las economías externas

pecuniarias y de las complementariedades de la demanda. Para Nurkse (1960:20) la dificultad originada por la pequeña magnitud del mercado se refiere a los incentivos individuales a invertir en cualquier sector dado de producción tomado por sí mismo. Al menos en principio, “la dificultad desaparece en el caso de una aplicación más o menos sincronizada del capital a un grupo amplio de industrias diferentes. Aquí hay un escape del círculo; el resultado es una dilatación global del mercado. La gente que trabaja con más y mejores herramientas en un número de obras complementarias se convierten en clientes los unos de los otros. La mayoría de las industrias que abastecen el consumo de las masas son complementarias en el sentido de que se suministran mutuamente un mercado y así se apoyan unas a otras. En último análisis, esta complementariedad básica se origina en la diversidad de las necesidades humanas. El argumento a favor del ‘crecimiento equilibrado’ radica en la necesidad de una ‘dieta equilibrada’”.

La metáfora del despegue fue propuesta por Rosenstein-Rodan en el marco de la perspectiva del crecimiento equilibrado, cuando hablaba de que lanzar un país a un desarrollo autosostenido es en cierta forma como conseguir que despegue un aeroplano: hay que superar una velocidad crítica en el suelo para que el avión se eleve. Para este autor existía una trampa de subdesarrollo a bajo nivel, causada por el hecho de que la demanda insuficiente provocaba que la inversión en el sector moderno brillase por su ausencia o fuese incompleta, lo que hacía que ese sector no creciese lo necesario, provocando insuficiencia de demanda. Para romper con estos círculos viciosos proponía aumentar el tamaño del mercado, con objeto de incrementar la rentabilidad esperada, la inversión y el aprovechamiento de las economías de escala y movilizar los recursos existentes para canalizarlos hacia el sector moderno y/o generar más incentivos al ahorro, mediante, por ejemplo, controles sobre la demanda de consumo.

Nurkse (1960:21-22) afirma que el crecimiento equilibrado aparece en el presente contexto como un medio esencial de ampliar la magnitud del mercado y de crear estímulos a la inversión. Además, este autor plantea que la teoría de Schumpeter sobre el desarrollo económico le proporciona el patrón que debe seguir para lograr un crecimiento equilibrado,

aunque deba utilizar ingredientes ligeramente distintos⁷⁴. Esta teoría asigna un papel central al empresario creador, o más bien a la acción de un número considerable de tales empresarios y sus imitadores, que llevan a cabo innovaciones, producen nuevas mercancías y proyectan nuevas combinaciones de factores productivos. Aun si una innovación tiende cada vez a originarse en una sola industria, los efectos monetarios de la inversión inicial –y de otras circunstancias también- son tales que promueven una onda de nuevas aplicaciones de capital a un grupo de varias industrias. Mientras el efecto de la inversión en el ingreso monetario explique, cuando menos en parte, el agrupamiento de las actividades de inversión en el curso del ciclo, “es su efecto sobre el nivel general de la productividad lo que aumenta el flujo de bienes de consumo y servicios. Este efecto sobre el ingreso real, aunque puede tener repercusiones monetarias depresivas a corto plazo, es en verdad la sustancia y suma de progreso a largo plazo con tal que, desde luego, la composición de la mayor producción de bienes de consumo corresponda, más o menos, a la estructura de la demanda de los consumidores. En el presente análisis me parece que el punto principal es reconocer cómo un ataque frontal de este tipo –una onda de inversiones de capital en varias industrias- puede tener buen éxito económicamente en tanto que una aplicación sustancial de capital por un empresario individual en cualquier industria particular, puede verse obstaculizada o desalentada por las limitaciones del mercado preexistente”.

Nurkse sostiene que el aumento físico de la producción puede ser espectacular comparado con la producción existente, pero el valor de la productividad está limitado por el bajo poder de compra de la población. La productividad técnica física del capital puede realizarse en términos económicos solamente a través de un crecimiento equilibrado, ampliando la magnitud global del mercado y aumentando los estímulos a la inversión individual en general. En este punto se vale del concepto de economías externas, aunque no precisamente con el sentido que le daba comúnmente Marshall. Cada una entre un gran número de obras, al contribuir a un aumento de la magnitud total del mercado, puede decirse que crea economías externas a la empresa individual. Ésta es la razón por la que

⁷⁴ Para Nurkse (1960:168) apenas es posible abordar el tema del desarrollo sin remitirse a la obra de Schumpeter, pues “la reinversión de las ganancias del empresario ha sido históricamente la mayor fuente de acumulación de capital en el crecimiento económico del Occidente y, como tal, ocupa un lugar central en la teoría del desarrollo de Schumpeter”.

desde un punto de vista económico una onda de nuevas inversiones en diferentes ramos de la producción puede tener buen éxito, aumentar el mercado total y así vencer los obstáculos del equilibrio estacionario de subdesarrollo, aumentando de este modo el nivel de productividad. Así, si en un país subdesarrollado crece la disponibilidad de factores productivos –y el desarrollo mediante el aumento de exportaciones a los centros industriales avanzados está siendo frenado u obstruido por una u otra razón- puede surgir la necesidad de promover aumentos en la producción, diversificándola de acuerdo con la elasticidad-ingreso de la demanda local⁷⁵.

La estrategia de industrialización por sustitución de importaciones había sido ampliamente utilizada en América Latina en los años cincuenta, lo que se conoce como desarrollismo. Se adecuaba a la teoría del crecimiento equilibrado de Nurkse y a la del gran salto de Rosenstein-Rodan que preconizaban una industrialización multisectorial, organizada a través del Estado, con el fin de conseguir un umbral crítico. Estas medidas fueron el centro de las objeciones de los teóricos de la dependencia que les acusaban sobre todo de hacer el juego a las burguesías nacionales⁷⁶. Una crítica a esta teoría se centra en el hecho de que supone renunciar a todo tipo de especialización internacional, lo que es negativo ya que producir de todo es menos eficiente que importar determinados productos; además, esto implicaría disponer de recursos financieros abundantes y perfectamente divisibles, lo que pone en duda la capacidad privada y del Estado para encarar dichas inversiones.

Asimismo, para Nurkse (1960) existe un círculo vicioso en el problema de la formación del capital en los países pobres, que se debe al bajo nivel del ingreso real, lo que en definitiva refleja la baja productividad existente. Para superar estos círculos viciosos propone, al igual que Rosenstein-Rodan y con los mismos fines, aumentar el tamaño del mercado y movilizar los recursos existentes. Pues un mercado interno pequeño es un obstáculo para el desarrollo en general y el determinante decisivo de la magnitud del mercado está en la productividad. Nurkse (1960:15) plantea que *“el estímulo a invertir está limitado por la magnitud del*

⁷⁵ Sin embargo, Nurkse (1968) reconoce que existen límites para la diversificación de la producción, por lo que el crecimiento diversificado de la producción para el consumo interno no puede restringirse a límites nacionales. La producción industrial para satisfacer los mercados locales en los países menos desarrollados debe incluir también la producción para exportaciones recíprocas.

⁷⁶ Rist (2002).

mercado. Este enunciado es, en efecto, una variante moderna de la célebre tesis de Adam Smith de que ‘la división del trabajo está limitada por la extensión del mercado’ (...) en los países más pobres el empleo de equipo de capital en la producción de bienes y servicios para el mercado interno está obstruido por la pequeña magnitud del mercado, por la falta de poder de compra interno, no en términos monetarios, sino reales”.

La teoría del crecimiento dualista y la acumulación de capital también surgió en el seno de la postura del crecimiento equilibrado, y tuvo, en su versión clásica, como principal representante a Lewis (1963). La insistencia en la acumulación, se repite a su modo en Lewis, cuando afirma que el factor esencial para el desarrollo económico es la acumulación de capital, que incluye también los conocimientos y las destrezas⁷⁷. El modelo de Lewis se basaba en el dualismo, y planteaba que el objetivo del desarrollo era el de utilizar en el sector moderno la mano de obra excedente en el sector tradicional, formado por un alto número de subempleados agrícolas, con productividad marginal del trabajo muy baja o incluso nula. Para este autor, el crecimiento de los países subdesarrollados se ve frenado por la estrechez del sector moderno (capitalista) y no porque las clases de bajos ingresos tengan una incapacidad absoluta para ahorrar. Sin embargo, Lewis mantiene al ahorro en su papel tradicional como agente principal del crecimiento; y como desea relacionar al crecimiento con el tamaño del sector moderno y no con el de toda la economía, llega a la conclusión de que sólo los capitalistas ahorran (o que sus ahorros son los que cuentan)⁷⁸. Asimismo, Lewis pensaba, como otros economistas del desarrollo, que la desigualdad aumentaría en las primeras fases del desarrollo, pues es la desigualdad que acompaña a los beneficios la que favorece la formación de capital. Como el hecho central del desarrollo es la acumulación rápida de capital, Lewis se centraba en el problema de la capacidad de ahorro e inversión de una economía.

Resumiendo, tanto para los partidarios del crecimiento equilibrado como para los del desequilibrado, aplicar de manera concertada el capital dentro del sector industrial exigía la intervención estatal. Para distribuir convenientemente la inversión entre todos los sectores de bienes de consumo (Rosenstein-Rodan o Nurkse) o para concentrarla en un número

⁷⁷ Rist (2002).

reducido de sectores industriales, los que tuviesen más efectos de arrastre (Hirschman o Perroux), o simplemente para superar el callejón sin salida del círculo vicioso de la pobreza (Nurkse) no se podía confiar en el libre funcionamiento de las fuerzas del mercado. Estas se contemplaban con desconfianza, habida cuenta de la especificidad estructural del subdesarrollo y de la influencia en la Economía del desarrollo de las provechosas experiencias keynesianas de gestión pública de los años treinta y cuarenta en los países anglosajones, de los que eran originarios o en los que trabajaban casi todos los especialistas en desarrollo.

Tal y como hemos indicado anteriormente, de la economía del desarrollo surgió el estructuralismo latinoamericano, representando por el argentino Prebisch (1964; 1987), quien dirigía la CEPAL, organismo oficial de Naciones Unidas. De sus desarrollos surgió la teoría centro-periferia, la cual descansa, fundamentalmente, en una interpretación estructural y global del fenómeno del desarrollo del sistema mundial dentro del cual el centro y la periferia desempeñan funciones económicas diferentes. La dinámica de este sistema global viene definida por el patrón de desarrollo dominante, creando desarrollo en el centro del mismo y subdesarrollo en la periferia. De este modo el subdesarrollo no es considerado como un estado, sino como un proceso, siendo ambos extremos parte de un mismo sistema de relaciones. Las posibilidades de desarrollo de la periferia están determinadas, a largo plazo, por las condiciones que gobiernan las relaciones económicas entre el centro y la periferia y que definen funciones específicas para cada una de las partes del sistema. Dentro de este sistema de especialización internacional, es la periferia la que proporciona materias primas, mientras el centro produce bienes manufacturados.

La tesis de Prebisch-Singer⁷⁹ sobre la caída de la relación real de intercambio para los exportadores primarios -que implicaba no sólo una tendencia a la baja del poder adquisitivo en importaciones de las exportaciones, sino también una transferencia de los beneficios del progreso técnico de la periferia al centro- ponía en cuestión el mantenimiento del modelo primario exportador. El factor explicativo fundamental de este proceso asimétrico se encuentra en la forma como el progreso tecnológico se difunde en ambas partes del sistema,

⁷⁸ Hirschman (1961).

afectando la productividad de los diferentes sectores y, consecuentemente, la distribución sectorial del ingreso y el ritmo de acumulación de capital.

La concepción prebischiana, en cierta medida, también, reduce la noción de desarrollo a un incremento en el bienestar material, que se refleja en el nivel del producto nacional *per capita* y que está condicionado por la productividad media en los diferentes sectores. Por tanto, el desarrollo y la aplicación tecnológica al proceso productivo juegan un papel fundamental. Básicamente, el planteamiento de Prebisch y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) se fundamenta en el hecho de que la innovación tecnológica se aplica y se expande en el centro más rápidamente y en forma más homogénea, hacia los sectores económicos, afectando estructuras de consumo y de producción casi simultáneamente, mientras que en la periferia el desarrollo científico y tecnológico sólo penetra en aquellos sectores que son importantes para la producción de materias primas y alimentos requeridos por el centro. Esta penetración diferenciada hacia los sectores primarios de exportación tiende a distorsionar la estructura productiva interna de los países periféricos, y a mantenerlos en una situación de abastecedores de materias primas.

El enfoque de Prebisch parte del planteamiento ricardiano de las ventajas comparativas, según el cual los países deberían especializarse en aquellos productos en los cuales están naturalmente mejor dotados. Este autor señala que la mejor dotación de recursos naturales y la penetración tecnológica que tiende a elevar la productividad en los sectores de exportación, por un lado, y la forma en que ese desarrollo tecnológico afecta la producción de bienes manufacturados que exporta el centro, por otro, se traducen en una tendencia persistente al deterioro de la relación de precios en el intercambio; es decir, que las relaciones de precios entre bienes primarios producidos por la periferia y los bienes manufacturados producidos por el centro, es desfavorable a los primeros.

Para Prebisch los aumentos de la productividad se han traducido, en los países centrales, en alzas de salarios que tienden a elevarse más en la fase expansiva, pero no regresan a sus

⁷⁹ Bustelo (1998).

niveles anteriores en los periodos de crisis. En este sentido, cada aumento de salarios es una posición adquirida en los países centrales. En los países periféricos, en cambio, el hecho de que el progreso tecnológico penetre, preferentemente, en los sectores de exportación, y de que exista una oferta constante de fuerza de trabajo, resulta en una baja en los precios y en una presión constante que permite mantener los salarios a niveles bajos. El análisis del deterioro de la relación de precios del intercambio se debe examinar además a la luz de los problemas de acumulación de capital y del proceso de industrialización de la periferia. La tesis de Prebisch es que el incremento de la productividad no se traslada al conjunto de la economía mediante reducciones de precios, entre otras cosas, porque la demanda tiende a exceder la disponibilidad de bienes finales. Esta situación permite a los poseedores de capital captar la mayor parte de los beneficios que resultan de los aumentos de productividad. Dicho excedente no es plenamente aprovechado por la economía periférica en el proceso de acumulación de capital. En realidad, el excedente se disipa en consumo superfluo de los estratos de altos ingresos; o es inutilizado en la absorción espuria de la fuerza del trabajo. El resultado de este proceso es que el ritmo de acumulación de capital de la periferia es insuficiente para hacer frente a los requerimientos del proceso de desarrollo.

La industrialización de la periferia se ve, en los enfoques cepalinos, como la resultante de un esfuerzo interno por cambiar el patrón de desarrollo, pasando de un modelo de crecimiento hacia afuera a un modelo de desarrollo hacia dentro. Es decir, se intenta suplir el centro dinámico que hasta entonces residía en el sector exportador -y más explícitamente en la demanda del bien exportable-, hacia una expansión de la producción industrial, tanto para abastecer la demanda interna como los mercados externos. Este proceso es denominado proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Sin embargo, ofrece ciertas limitaciones, la más importante es la incapacidad que ha mostrado para crear un centro dinámico interno que reemplace la dinámica proveniente del sector exportador. En realidad, el concepto de industrialización espontánea está en contradicción con el resto del modelo centro-periferia, ya que mientras dicho modelo tiende a examinar el problema del subdesarrollo según las funciones que desempeñan el centro y la periferia dentro del sistema, el análisis del proceso de industrialización se lleva a cabo prescindiendo del contexto mundial en que tal proceso se da. La industrialización es un fenómeno de alcance

mundial, que se presenta con características distintas en el centro y en la periferia. Históricamente, mediante un proceso de sustitución de importaciones, la periferia ha incorporado las actividades industriales que han dejado de ser dinámicas en el centro.

Del análisis estructuralista surgieron las teorías de la dependencia, influenciadas a su vez por la obra de Paul Baran⁸⁰. El análisis del capitalismo moderno en obras como “La economía política del crecimiento” de Baran (1959) o “El capital monopolista” de Baran y Sweezy (1969) continua un tipo de razonamiento iniciado por Lenin⁸¹. Las teorías de Lenin y de Rosa Luxemburgo sobre el imperialismo constituyen un legado importante para la interpretación de la historia de los países subdesarrollados, que ha sido ampliamente utilizado por los “neomarxistas”, advertidos por los teóricos del imperialismo de la importancia de los monopolios. Baran y Sweezy plantean que, como la teoría del imperialismo fue elaborada con anterioridad a la Primera Guerra Mundial, desde entonces han ocurrido ciertos cambios en las clases gobernantes de los países dominantes que deben tomarse en cuenta en el desarrollo de la teoría. Esto se debe a que los países menos desarrollados y subdesarrollados se encuentran en diversas relaciones de subordinación respecto a las clases dominantes de los países capitalistas más avanzados. Al analizar la composición e intereses de estas últimas, es evidente que ya no son los industriales y los banqueros los que constituyen el estrato superior. Baran y Sweezy ven en las grandes corporaciones monopólicas a las unidades básicas del capitalismo monopolístico de su época y sus propietarios y funcionarios constituyen el estrato superior de la clase gobernante. Estas corporaciones multinacionales no sólo tienen una base de operaciones en el exterior, sino que sus administradores toman decisiones fundamentales sobre comercialización, producción e investigación en términos de las alternativas disponibles en cualquier parte del mundo.

La meta de las corporaciones multinacionales es promover los intereses de la propia compañía sin considerar los efectos de su accionar sobre los diversos países donde operan. Si bien tienen a menudo intereses opuestos entre ellas en materia de aranceles, subsidios a la exportación, inversión extranjera, etc., comparten el deseo de que el mundo de los países

⁸⁰ Bustelo (1998).

donde puedan operar sea lo más grande posible y que sus leyes e instituciones sean favorables para el desarrollo irrestricto de la empresa capitalista privada. Se oponen no sólo a las revoluciones que amenazan excluirlas por completo de ciertos países, sino que también se oponen a todas las formas de capitalismo estatal que pudieran obstruir sus propias operaciones. Por otra parte, Baran (1959) sostenía en su obra “La Economía política del crecimiento” que el subdesarrollo no es una fase previa al desarrollo, sino un producto histórico del colonialismo y del imperialismo, pues la extracción de excedente hacia los países desarrollados no sólo favoreció la acumulación de capital a escala mundial, sino que también interfirió con el crecimiento de las áreas atrasadas. Como queda en evidencia, este planteamiento se contradice con la teoría de las etapas de Rostow.

Baran argumentaba que la dependencia es el rasgo distintivo de los países capitalistas subdesarrollados y un freno para su desarrollo, pues las relaciones económicas internacionales de ninguna manera permiten un beneficio mutuo entre los países⁸², tal como se desprende de las argumentaciones sostenidas por Hirschman. Por último, el capitalismo, que había sido históricamente un factor de progreso respecto de los modos de producción precapitalistas, se había convertido en un obstáculo para el progreso del Tercer Mundo, hecho que hacía obsoleta la idea de un sistema históricamente progresivo defendida por Marx y por los teóricos del imperialismo. A su vez, en contra de la idea de los teóricos del imperialismo de que el ritmo de acumulación en los países desarrollados tendería a disminuir a medida que avanzaba el imperialismo, argumentaba que los países centrales obtenían cada vez más beneficios de la explotación de la periferia.

Por último podemos decir que Baran aplicó certeramente el concepto marxista de excedente a una realidad subdesarrollada⁸³, ya que no había en el Tercer Mundo un problema de escasez de capital, sino que buena parte no se realizaba por las ineficiencias de la producción y los gastos derrochadores de las elites tradicionales y del estado. Además, el

⁸¹ Lichtheim (1972).

⁸² “El deterioro de los términos del intercambio se expresa, en la práctica, de una manera simple: los países subdesarrollados deben exportar más materias primas y productos básicos para importar las mismas cantidades de productos industriales. El problema es más grave en relación con la maquinaria y el equipo que son imprescindibles para el desarrollo agrícola e industrial” (Guevara, 1966:83).

⁸³ Bustelo (1998).

grueso del excedente real era transferido al exterior mediante la repatriación de beneficios de las empresas extranjeras, el pago de la deuda externa o la fuga de capitales. Al respecto, Baran y Sweezy publicaron en 1966 “El capital monopolista”, obra en la que intentaban explicar la evolución económica de los Estados Unidos de 1900 a 1960, a partir de un amplio material histórico y resituándola en su contexto internacional. Para estos autores, el siglo XX estaba caracterizado por el establecimiento progresivo de la hegemonía norteamericana que sustituye a los imperios coloniales de los países europeos⁸⁴. A la sombra del poder de los Estados Unidos, el capitalismo competitivo cedió su puesto a un capitalismo caracterizado, como había previsto Lenin, por la aparición de grandes empresas en las que el capital industrial estaba asociado al capital financiero. Por el mecanismo de las concentraciones, las sociedades controlan el mercado y, en consecuencia, los precios que no bajan, pese a los considerables incrementos de la productividad, y permiten la acumulación constante de un enorme excedente.

Desde entonces el problema más importante es absorber este excedente porque el capitalismo monopolista es incapaz de crear una demanda efectiva que asegure el pleno empleo del trabajo y del capital: dejado a sí mismo, el sistema se estancaría, produciendo de manera cada vez menos rentable unos bienes que dan lugar a un beneficio cada vez mayor. Dado que ni el consumo ni la inversión bastan para estimular la demanda es necesario recurrir a otro medio que no sea insuficiente para que el sistema no se derrumbe bajo el peso de sus propias contradicciones: el desarrollo por parte del Estado del sector militar-industrial. Estos gastos militares, ideológicamente justificados por la Guerra Fría, permiten a la vez la supervivencia del sistema y la lucha contra todos aquellos que buscan el triunfo del socialismo. Sin embargo, según Baran y Sweezy, lo que amenaza al imperio norteamericano son los movimientos revolucionarios que se desencadenan por un profundo deseo de independencia nacional y se mantienen por una necesidad cada vez más urgente

⁸⁴ “Desde fines del siglo pasado, esta tendencia expansionista y agresiva se ha traducido en innumerables agresiones a distintos países de los continentes más atrasados, pero, fundamentalmente, se está traduciendo en la actualidad en el control por parte de las potencias desarrolladas de la producción y el comercio de materias primas en los países dependientes. En general, se manifiesta por la dependencia que un país dado tiene de un solo producto básico que, a su vez, va hacia un mercado determinado en las cantidades limitadas a las necesidades del mismo. Es la penetración de los capitales de los países desarrollados, la condición esencial para establecer la dependencia económica” (Guevara, 1966:76-77).

de desarrollo económico que no puede lograrse más que si las revoluciones nacionalistas son también revoluciones socialistas⁸⁵.

Las razones que explican la aparición del enfoque de la dependencia, que se haría popular en los años sesenta y setenta, especialmente en América Latina, son las siguientes⁸⁶: 1) los límites del proceso de “industrialización por sustitución de importaciones” (ISI) defendido por los teóricos de la economía del desarrollo, y en particular por la CEPAL, impusieron un cambio de paradigma; 2) los años sesenta se caracterizaron por la agitación política propicia para el asentamiento de teorías radicales; 3) algunos economistas y sociólogos latinoamericanos se rebelaron contra los límites teóricos del estructuralismo de la CEPAL y del desarrollismo a que dio lugar, en particular la defensa de la industrialización como remedio de todos los males, la parcialidad de unos análisis estrictamente económicos, o la resistencia a proponer cambios radicales; 4) la crítica que suscitaron la teoría de la modernización y, en particular, la teoría de las etapas de Rostow, que negaba cualquier especificidad estructural al capitalismo subdesarrollado, y 5) la reacción contra las viejas teorías marxistas del imperialismo.

La teoría de la dependencia refleja principalmente los problemas latinoamericanos. Está fundada en el presupuesto de que el subdesarrollo de estos países se debe no sólo a factores internos, sino en gran medida a constricciones externas⁸⁷. Por ello la escuela de la dependencia está interesada, en primer lugar, en los fenómenos históricos internos de los países latinoamericanos con la intención de explicar su relación con el sistema capitalista internacional. La existencia de una situación de dependencia económica de los países periféricos respecto al capitalismo central es un postulado compartido por todos los integrantes de esta escuela –incluyendo a los investigadores de la CEPAL–, pero sus investigaciones tienden, a partir de ahí, a entender de manera global las implicaciones de este fenómeno sobre la estructura social⁸⁸. Se trata de pensar la relación entre desarrollo y

⁸⁵ “La única solución correcta a los problemas de la humanidad en el momento actual es la supresión absoluta de la explotación de los países dependientes por parte de los países capitalistas desarrollados, con todas las consecuencias implícitas en este hecho” (Guevara, 1966).

⁸⁶ Bustelo (1998).

⁸⁷ Sztompka (1995).

⁸⁸ Cardoso (1979).

subdesarrollo de manera global, en una perspectiva histórico-estructural, para poner de manifiesto que la dominación externa se superpone con una dominación interna y que las clases (o las alianzas de clases) cambien en función de la estructura interna de la economía. Entre estas clases que compiten por el poder, el estado juega el papel de árbitro. Por otro lado, la industrialización “dependiente asociada” implica una penetración de las economías por el capitalismo financiero y la tecnología del centro (internacionalización del mercado interior), lo que provoca distorsiones de la estructura económica, incrementa las desigualdades sociales, impide la acumulación necesaria para el desarrollo, obliga al estado a mantener –incluso mediante la toma del poder por parte de los militares– una cohesión social en constante desequilibrio y la transforma en elemento principal de un desarrollo basado en la exclusión, la concentración de las rentas y la satisfacción de las necesidades de las capas favorecidas de la población⁸⁹.

Concretamente, pueden distinguirse tres grupos principales de teorías en el enfoque de la dependencia⁹⁰. **En primer lugar**, el planteamiento representado principalmente⁹¹ por Frank (1971) y Amin (1974; 1985), que negaba la posibilidad misma de crecimiento económico sostenido (y por ende de desarrollo) en la periferia capitalista, en la que únicamente se podría producir la perpetuación del subdesarrollo. Frank enunció una visión pesimista del subdesarrollo permanente e irreversible de América Latina, de la intensificación o, al menos, petrificación de la explotación y del atraso. El subdesarrollo se debería a diversas razones, como a que hay unas relaciones completamente asimétricas entre las metrópolis capitalistas (particularmente los EE.UU y las corporaciones multinacionales dominadas por los EE.UU.) y los “satélites” dependientes. Los recursos locales son explotados, y mucho del producto excedente es apropiado por capital extranjero que fluye de los satélites a las metrópolis. Además, este tipo de estructura económica permanente engendra un tipo particular de intereses creados en las elites (empresariales, de negocios, profesionales, políticos) del país dependiente. Llegan a establecer sus oportunidades de vida, sus inversiones y sus oportunidades de compra fuera de su propio país, en la metrópolis dominante. De esta forma las elites dominantes son cooptadas al servicio del capital

⁸⁹ Arrighi (1986); Rist (2002).

⁹⁰ Bustelo (1999).

⁹¹ Otros teóricos pertenecientes a esta postura son Dos Santos, Marini, Jaleé, Senghas, Arrighi y Galtung.

extranjero, convirtiéndose en verdaderos ejecutores de sus planes y proyectos. Aunque se quedan en el país, en sus aspiraciones, lealtades e identificaciones están bien lejos. Se vuelven los guardianes deseosos o, a veces, inconscientes del estatus de dependencia de su país.⁹²

Frank sostenía que el desarrollo y el subdesarrollo son dos caras de una misma moneda, por lo que el capitalismo central y el capitalismo periférico no son fenómenos aislados sino partes integrantes de un único proceso histórico. Postulaba que no había posibilidad alguna de desarrollo dentro del sistema, por lo que el dilema era “subdesarrollo o revolución”, tal como se titulaba una de sus obras. Criticó la interpretación de la teoría de las etapas de Rostow y los modelos de desarrollo dualistas como el de Lewis. Nunca se declaró abiertamente marxista, como sí lo hizo Amin, quien exploró la articulación, en la periferia, del capitalismo con modos de producción precapitalistas, destacando que la acumulación en el capitalismo periférico difería de la registrada en el capitalismo central por su carácter extravertido y desarticulado y por la hipertrofia del sector terciario. Afirmaba que el crecimiento a corto plazo desembocaba en bloqueos que provocaban “desarrollo desigual” en la economía mundial y “desarrollo del subdesarrollo” en la periferia. Fue el más claro defensor de la desconexión⁹³. Por su parte, Dos Santos (1974), también neomarxista, criticó la teoría convencional del imperialismo. Destacó que había diversos tipos de dependencia, que generaban diferentes tipos de estructuras internas, en un intento de superar el problema central de todo el enfoque de la dependencia: la idea de la prioridad absoluta de los factores externos respecto de los internos⁹⁴.

En segundo lugar, la reformulación en clave dependentista de los planteamientos de la CEPAL, cuyos principales representantes fueron Furtado (1986) y Sunkel (1999). Estos autores no compartían con la anterior la idea de un estancamiento inevitable de los países subdesarrollados: si bien admitían la posibilidad de crecimiento económico, postulaban una contradicción inevitable entre dependencia y desarrollo nacional. Para Furtado el proceso de crecimiento económico en América Latina adoptaba un curso distinto al esperado por

⁹² Sztompka (1995).

⁹³ Amin (1994).

⁹⁴ Bustelo (1998).

Prebisch y sus seguidores: desnacionalización en vez de creciente control nacional, agravamiento de los problemas de la balanza de pagos a causa de ISI, empeoramiento de la distribución de la renta, aumento del desempleo, sesgo industrial en vez de diversificación. Esta variante de la teoría de la dependencia contribuyó a poner de manifiesto la insuficiente carga crítica de los planteamientos de la CEPAL y su incapacidad para superar el paradigma neoclásico sobre el comercio internacional. En particular, la CEPAL, a juicio de esos autores, afirmaba sencillamente que tal comercio generaba un beneficio mayor en el centro que en la periferia, pero un beneficio al fin y al cabo, aunque parecía más razonable pensar, decían, en un efecto neto negativo. Esos economistas latinoamericanos insistieron en que era necesario un giro en las ciencias sociales latinoamericanas en dirección del antineoclasicismo y del anticapitalismo, así como del pesimismo en cuanto a las posibilidades del desarrollo nacional.

En tercer lugar, la tesis del desarrollo dependiente postulado por Cardoso⁹⁵ y Faletto (1987), que afirmaba que la dependencia no hacía imposible el desarrollo de la periferia sino que lo condicionaba hasta el punto de generar contradicciones y desigualdades específicas del capitalismo periférico. Para estos autores el principal problema es la falta de una tecnología autóctona y de un sector desarrollado de bienes capitales. Concretamente, la noción de dependencia alude directamente a las condiciones de existencia y funcionamiento del sistema económico y del sistema político, mostrando las vinculaciones entre ambos, tanto en lo que se refiere al plano interno de los países como al externo. La noción de subdesarrollo caracteriza a un estado o grado de diferenciación del sistema productivo –a pesar de que, como vimos, ello implique algunas consecuencias sociales- sin acentuar las pautas de control de las decisiones de producción y consumo, ya sea internamente (socialismo, capitalismo, etc.) o externamente (colonialismo, periferia del mercado

⁹⁵ Cardoso (1979) era muy severo con las interpretaciones de la CEPAL, pero también comenzó a serlo en la década de los setenta con la teoría de la dependencia de la cual fue uno de sus fundadores. Por un lado, plantea que los planteamientos de la CEPAL Tiene obvias raíces en el pensamiento económico clásico y en el marxismo y están empapados en un lenguaje keynesiano. Esta ambigüedad hace difícil determinar el cuadro teórico en que se mueve el análisis. Por otro, la perspectiva catastrofista, que más tarde llevó a la formulación de las teorías del *desarrollo del subdesarrollo*, estaba inserta en la misma explicación de la CEPAL. Por último, faltaba un mayor desarrollo del análisis de la explotación de la periferia por parte del centro. A pesar de los intentos de la CEPAL para elaborar un cuerpo adecuado de hipótesis que explica la situación económica internacional en los años cincuenta, carece de un análisis de las relaciones internacionales de

mundial, etc.). Las nociones de centro y periferia, por su parte, subrayan las funciones que cumplen las economías subdesarrolladas en el mercado mundial, sin destacar para nada los factores político-sociales implicados en la situación de dependencia.

Sin embargo la condición de dependencia produce algunos efectos colaterales involuntarios, que lentamente van socavando su propia viabilidad. La inversión de capitales extranjeros crea islas de alto desarrollo, empresas modernas en el mar del atraso y el tradicionalismo. Éstas sirven como ejemplo: educan una clase obrera capacitada, preparan a una clase empresarial local, abren oportunidades para empresas subsidiarias de cooperación, producen incentivos para imitar su éxito económico. Las motivaciones empresariales nacen y se extienden, surge lentamente una clase media local, comienza la acumulación de capital local. A un determinado nivel, estos cambios graduales, cuantitativos, pueden producir un salto cualitativo, un despegue del crecimiento y del desarrollo indígena, que haga disminuir gradualmente la dependencia. Las interconexiones económicas globales aparecen como medios para una emancipación final en lugar de cómo instrumentos para un subyugación continua.

A finales de los años setenta el enfoque de la dependencia había perdido ya buena parte de su influencia intelectual, al menos entre los especialistas de los países anglosajones. Finkel (1994) plantea que las críticas a las teorías de la dependencia coinciden en señalar que esta teoría puso un énfasis excesivo en los factores externos que terminó relegando a un segundo plano las dinámicas internas de cada país, subestimando así la importancia de la estructura de las clases sociales y el papel del Estado, por lo que muchos teóricos han caído en el error de conceptualizar la periferia como una pasiva víctima del capitalismo, ofreciendo, de este modo, soluciones demasiado simplistas para problemas políticos sumamente complejos⁹⁶. Para esta autora tampoco la relación causal entre dependencia y

explotación –del colonialismo y del imperialismo- que haga más consistente y transparente su posición crítica inicial.

⁹⁶ Gil Calvo (1995:339) señala que “debería pensarse que la primera modernización tuvo un origen endógeno, ya que no había ningún otro modelo externo anterior, mientras que todas las demás modernizaciones posteriores, que serían necesariamente *tardías* en relación a la primera, deberían poseer un origen exógeno: tanto porque conscientemente quisieran imitar o modificar el modelo precursor como porque se vieran obligadas a competir con él, tratando de resistirse a su influencia. Este problema resulta particularmente importante para todos aquellas teorías, como la llamada de *la dependencia* (...) que explican

atraso y su contrapartida, la relación causal entre riqueza de los países dominantes y la explotación de la periferia, parece tener solidez empírica como para plantearla como una tesis universal. Por último, otro problema deriva de la indeterminación de las categorías conceptuales, y puesto que se asimila la historia de la dependencia a la del capitalismo, no se sabe exactamente bajo qué formas de explotación se produce una situación de subordinación dependiente.

Hay que destacar el impacto, en la década de los setenta, del enfoque del sistema mundial de Wallerstein (1987; 1988), quien recoge los aportes de la teoría del imperialismo, la de la dependencia y la de la Escuela de los Annales en Historia. Wallerstein sostiene que la economía-mundo capitalista se creó, consolidó y desarrolló sobre la base del impulso de la acumulación incesante de capital⁹⁷, lo que genera una expansión desigual debido a que el lugar ocupado en la división internacional del trabajo determina las posibilidades de movilidad dentro del sistema. Wallerstein distingue tres estadios principales en la historia. El tercero de ellos es el denominado sistema mundial⁹⁸ que surge alrededor del siglo XVI. En ese tiempo el Estado es apeado como agencia reguladora y coordinadora y es reemplazado por el mercado. La única función que resta al Estado es salvaguardar la estructura de la actividad económica, la libre empresa y las condiciones favorables para el comercio.

el subdesarrollo de los países pobres por su relación de dependencia económica respecto al centro del neoimperialismo capitalista, es decir, por razones exógenas, y no endógenas. Sin embargo, este argumento también es válido para la primera modernización originaria (...) Una forma cómoda y elegante de resolver el problema de dónde localizar la primacía originaria, si en factores internos o externos, es partir del supuesto de que el origen sea relacional o *bilateral* (causado por las relaciones de interdependencia entre el interior y su marco externo): es decir, simultáneamente endógeno y exógeno, en la medida en que los factores endógenos sólo llegarían a movilizarse por su relación con el entorno exterior”.

⁹⁷ La economía-mundo es “la entidad que se basa en el modo de producción capitalista. El criterio por el que se rige la producción es la obtención de beneficios y el incentivo fundamental del sistema es la acumulación del excedente en forma de capital. No hay una estructura dominante, ya que el mercado es, en definitiva, quien controla con frías riendas la competencia entre las diversas unidades de producción, por lo que la regla básica consiste en acumular o perecer. Así, en este sistema las unidades eficaces prosperan y acaban con las menos eficaces vendiendo más barato en el mercado. Este modo de producción es el que define a la economía-mundo” (Taylor y Flint, 2002:8). Véase, al respecto, Tortosa (1992).

⁹⁸ El sistema mundial emergió incorporando un creciente número de sociedades, aisladas y autosuficientes, en un sistema complejo de relaciones jerárquicas. El resultado de esta expansión fue que un pequeño número de estados centrales transformaron una arena externa inmensa, en una periferia. Entre estos Estados centrales y la periferia, los teóricos del sistema mundial identifican una semi periferia.

La lógica y la dinámica interna del sistema determinan el comportamiento de las economías nacionales, clasificándolas de acuerdo “con un esquema jerárquico de dominación: centro, semiperiferia y periferia. Los países centrales se caracterizan por un aparato de Estado fuerte mientras que los países periféricos cuentan con un Estado débil. La inclusión de la categoría de ‘semiperiferia’ lo diferencia de los análisis previos y, en su opinión, ello le permite tener en cuenta muchas situaciones que no encajan en la imagen polarizada de centro y periferia. Las áreas o países semiperiféricos, considerados como un elemento estructural en la economía mundial, se encuentran entre el centro y la periferia desde el punto de vista de una serie de dimensiones, tales como la complejidad de las actividades económicas, la fuerza del aparato estatal, las formas de control sobre el trabajo, la integridad cultural, etcétera. Su función es sobre todo política, puesto que mantienen la estabilidad de un sistema mundial que, de otra forma, estaría polarizado” (Finkel, 1994:56).

El trabajo de Wallerstein provee, así, una visión del desarrollo histórico del mundo, en el que todos los países son partes del "sistema", y en el interior del cual, para Finkel (1994), las naciones y áreas pueden cambiar su posición en el sistema mundial. Las áreas periféricas pueden llegar a formar parte de la semiperiferia y los Estados centrales pueden convertirse en semiperiféricos, y Wallerstein señala tres posibles vías de desarrollo que permiten el paso de la periferia a la semiperiferia: 1) la estrategia de aprovechar la oportunidad de desarrollar políticas claves, como, por ejemplo, la industrialización vía sustitución de importaciones, en el momento en que los países centrales atraviesen una fase de debilidad; 2) la estrategia de invitación, que fundamentalmente consiste en atraer inversiones de corporaciones multinacionales, y 3) la estrategia de desarrollo de la confianza en el propio país, con políticas claramente definidas. El otro tránsito posible dentro del sistema mundial, es decir, el paso de la semiperiferia al centro, se produce, según Wallerstein, cuando un país cuenta con un mercado interno que justifique la existencia de una tecnología avanzada⁹⁹.

Wallerstein señala, además, de que existen posibilidades limitadas de transformaciones dentro del sistema económico capitalista. Un cambio genuino necesitaría una

⁹⁹ Tortosa (1992).

transformación de sistema mundial en un gobierno socialista mundial, pero el sistema capitalista muestra un enorme potencial para la expansión. Sus dinámicas motrices internas y su habilidad para salvaguardar la abundancia de bienes le hacen muy atractivo para grandes segmentos de la población. También dispone de poder político y recursos militares que le permiten extender su dominio. Los desarrollos en el transporte, en la tecnología militar y en las comunicaciones aceleran su avance a lo largo del mundo. Partiendo del centro, las sociedades avanzadas de Europa occidental, el capitalismo se extiende hacia la semiperiferia y la periferia¹⁰⁰. Las sociedades periféricas, pobres, fueron forzadas a entrar en el sistema mundial dominante dirigido por las sociedades centrales, pero quedaron en el extremo del sistema, al menos en términos de mero poder, y también en términos de los beneficios distribuidos por la economía mundial. En el siglo XX, la totalidad del globo se va incorporando gradualmente a un único sistema económico de interdependencias, aunque conserva el ritmo desigual del desarrollo y, por tanto, retiene la constitución asimétrica, muy desigualitaria, del sistema, con partes altamente desarrolladas, menos desarrolladas y relativamente subdesarrolladas¹⁰¹.

Wallerstein comparte el escepticismo de Nisbet (1976) y Tilly (1992) en lo referente a la validez del paradigma social del siglo XIX¹⁰², pero además es muy radical en su crítica y no sólo pide la revisión y la modificación del legado que los maestros de la sociología nos han dejado sino, por el contrario, el rechazo completo de los presupuestos típicos del pensamiento del siglo XIX. Por ello propone “despensar” la ciencia social del siglo XIX debido a que los presupuestos en que se basaban representan hoy en día una barrera intelectual para el análisis del mundo social. Uno de los conceptos centrales heredados es el de “desarrollo”, y al modo de ver de Wallerstein es el más cuestionable, pues es incapaz de dar cuenta de la globalización como tendencia histórica dominante en el mundo moderno. Por un lado, porque por su propia definición el concepto de desarrollo refiere a un cambio

¹⁰⁰ “Muchas de las críticas que se realizan a la teoría de la dependencia se pueden extender a la teoría del sistema mundial, especialmente en lo que se refiere a la explicación de las dinámicas internas de cada país por la acción de fuerzas externas”. Por otra parte, la “clasificación de países o áreas en centro, periferia y semiperiferia no deja de ser esquemática; incluso algunos autores como Zeitlin la consideran un mero ‘sistema de estratificación funcionalista’ ” (Finkel, 1994:57-58).

¹⁰¹ En este sentido, la teoría de Wallerstein sigue siendo la afirmación más radical de la idea de la globalización económica.

¹⁰² Sztompka (1995).

inmanente, endógeno, generado desde dentro de la sociedad y que opera por medio del despliegue de potencialidades inherentes. Sin embargo, el mundo social real es diferente: muestra principalmente cambios exógenos, generados por fuentes externas¹⁰³. Permanece estable hasta que es movido desde fuera. Por tanto, el papel central en la dinámica histórica es realizado por factores e influencias internacionales y globales. Ésta es la principal razón por la que resulta fútil pensar en términos de desarrollo.

Por otro, el otro aspecto tiene que ver con la imagen de cada Estado-nación como algo aislado o autónomo, que evoluciona de acuerdo con sus propias tendencias y direcciones. Esta idea de la fragmentación de la sociedad humana y de su articulación en unidades discretas, enraizada en el pensamiento desarrollista, es claramente insostenible en un mundo globalizado. Es fútil analizar los procesos de desarrollo societal de nuestras múltiples sociedades nacionales como si fueran estructuras autónomas que evolucionan internamente, cuando son y han sido primariamente estructuras creadas por procesos a escala mundial y que han tomado forma en respuesta a los mismos. Además, Wallerstein encuentra dos razones más por las que es necesario prescindir del concepto de desarrollo. La primera, está su íntima conexión con la más que cuestionable noción de progreso, aquella que sugiere una dirección constante en el cambio; por el contrario, su direccionalidad no puede presuponerse a priori. Otro defecto, es el presupuesto optimista de un mejoramiento sin fin producido por los procesos de desarrollo. Por el contrario, el análisis de los sistemas mundiales pretende apartar la idea de progreso del estatus de trayectoria y convertirla en una variable analítica. La segunda razón tiene que ver con la constitución interna de las disciplinas sociales científicas. A saber, la noción de desarrollo pertenece a aquellas que perpetúan el ‘pecado original’ de las ciencias sociales del siglo XIX, la distinción artificial e infundada en tres subcampos: el económico, el político y el social (cultural). Esto es un sinsentido en términos de cómo funciona realmente el mundo,

¹⁰³ Lo mismo es sostenido por Aguilar y Giner (2003:559), cuando sostienen que la noción de que los cambios importantes se generan en y por la propia estructura de una sociedad “se considera aplicable a unos pocos casos excepcionales (el paso del capitalismo industrial al posindustrialismo, por ejemplo). Es más habitual que sean resultado del influjo o impacto de ciertas intrusiones externas que suspenden o al menos interrumpen la vigencia de la norma (...) Son acontecimientos exógenos imprevistos (...) producto de la interacción social los que principalmente contribuyen a desencadenar el cambio social o imponen una mudanza súbita y radical”.

por lo que la ciencia de la sociedad globalizada ha de ser interdisciplinar y ésta es la razón última por la que Wallerstein propone renunciar a la idea de desarrollo.

2.2.2. Modernización, crecimiento y desarrollo.

Antes que la Segunda Guerra Mundial acabase, la difunta Sociedad de Naciones había sido sustituida por la ONU, cuya sede principal se asentó en Nueva York y no en Ginebra. Desde su fundación en 1945, la Organización de Naciones Unidas tuvo tres grandes líneas de actuación: la paz y la seguridad, los derechos humanos y el desarrollo de los pueblos en un marco de ordenamiento jurídico internacional a tales efectos¹⁰⁴. La Carta de las Naciones Unidas acordada en 1945 concebía la paz no solamente como la regulación no violenta de los conflictos, sino como el resultado de un salto global hacia delante, y se consideraba que la violencia se desata cuando el progreso es bloqueado¹⁰⁵. Esta era la conclusión que las potencias victoriosas sacaban de la experiencia pasada de depresión económica y del totalitarismo consiguiente¹⁰⁶. En consecuencia, en el preámbulo de la Carta, las Naciones Unidas anunciaban solemnemente la determinación de promover el progreso social y el mejoramiento de los niveles de vida en una libertad mayor, y emplear la maquinaria internacional para la promoción del avance económico y social de todos los pueblos. Las historias del mundo eran vistas como convergentes en una sola historia, que tenía una dirección y las Naciones Unidas eran vistas como un motor que impulsaba a los países menos avanzados a moverse hacia delante.

¹⁰⁴ Peredo Pombo (1999).

¹⁰⁵ Sachs (1996).

¹⁰⁶ Sobre esta conclusión, también, se apoyará la teoría de la modernización del cambio social, y que pretendía responder “a cuatro problemas al mismo tiempo. (1) Parecía suministrar una explicación histórica de la emergencia de la economía capitalista y de la política democrática en la Europa noroccidental y en Norteamérica. (2) Parecía extraer de tal explicación histórica enseñanzas sobre las condiciones para el crecimiento económico y la democracia en otras partes del mundo, y hacerlo de modo que pudiera llegar a ser directriz para una política del desarrollo activa. (3) Parecía establecer la conexión interna entre los aspectos económicos, políticos y culturales de las sociedades modernas sin someterlas al esquema infraestructura-superestructura, y (4) parecía integrar todo el valioso potencial del legado de los clásicos (de 1890 a 1920) y traducido desde el plano teórico en grandes programas de investigación” (Joas, 2004:50).

Según Sachs (1996), Humanidad, Progreso y Paz han sido las piedras angulares, a nivel conceptual, para levantar el extenso edificio de las organizaciones de las Naciones Unidas. Tanto los padres fundadores de las Naciones Unidas como los arquitectos de la política internacional de desarrollo, consideraron que la mundialización de las relaciones de mercado serían la garantía de la paz en el mundo, y ello bajo la suposición de que el intercambio, al crear intereses recíprocos, inhibe la agresión. El espíritu del comercio, como fuente de pacificación, debía reinar en el mundo. En vez de la potencia bélica, la potencia productiva y comercial sería como fuente de paz, decisiva en el progreso de las naciones. En este sentido, es relevante observar como el orden global tras la Segunda Guerra Mundial fue concebido en términos de un mercado mundial unificado.

A consecuencia del planteamiento anterior hay que destacar el boom del crecimiento que experimentan las economías capitalistas a partir de la Segunda Guerra Mundial. Según Armstrong, Glyn y Harrison (1991), el crecimiento económico sólo pudo ocurrir gracias al mantenimiento de la tasa de ganancia, lo que implica garantizar a lo largo del tiempo una relación relativa favorable de la productividad del trabajo con respecto al salario real (lo cual no significa que necesariamente el aumento salarial absoluto atenta contra la ganancia). Pero para que se cerrara el círculo virtuoso fue necesario que la inversión privada se financiara a partir de la reinversión de las utilidades, como un modo de garantizar la acumulación ampliada del capital y el sostenimiento del beneficio capitalista.

Además el Estado de Bienestar, por medio del gasto público, contribuyó en el mantenimiento de la demanda efectiva, condición fundamental para sustentar al Estado keynesiano¹⁰⁷ y al fordismo. Como indica Gil Calvo (1995:357), a “fines del siglo XIX se produce (sobre todo en Alemania y Estados Unidos) la llamada *segunda revolución*

¹⁰⁷ La demanda efectiva es la que garantizaría la utilización completa de la capacidad instalada, ya que la crisis de la década del treinta se originó por una deficiencia de demanda. Lo que no quiere decir en forma alguna que todo el gasto público del Estado de bienestar haya favorecido la demanda efectiva. Al respecto, el sistema de la seguridad social se transformó en una política pública que no sólo implicaba transferencias masivas de ingresos entre los grupos sociales sino que también se relacionó con profundas cuestiones ideológicas y estructurales referentes a la distribución del poder en la sociedad, a la organización del control social y a una determinada relación entre el Estado y la sociedad. No hay que pasar por alto que los avances sociales que implicó el Estado de Bienestar, como una mayor educación, prevención y atención de la salud, deben considerarse como parte del desarrollo, dado que nos procuran una existencia más prolongada, libre y fructífera, además de estimular la productividad o el crecimiento económico.

industrial, basada en grandes empresas burocráticamente dirigidas que practican economías de escala y exigen fuerte intervención gubernamental (sea directa, como el caso alemán, o sea indirecta, como en el proteccionismo norteamericano) a fin de garantizar su competencia frente al exterior”. Esta segunda etapa es la que instaura el *fordismo*, y que va a extender “el capitalismo imperialista por todo el mundo colonial, agudiza la lucha de clases entre la burguesía propietaria y el movimiento obrero organizado y asiste a la quiebra del decimonónico Estado liberal, incapaz de impedir el estallido de dos guerras mundiales (separadas por el surgimiento reactivo de los dos totalitarismos estatalistas extremos: el bolchevique y el nazifascista). Sin embargo, tras la Segunda Guerra Mundial, este sistema fordista es capaz de rehacerse a sí mismo mediante la edificación del llamado *Estado del bienestar* y, a través de políticas keynesianas de concertación social, logra instaurar la más larga etapa de crecimiento económico sostenido que ha presenciado el capitalismo occidental, bajo el nombre de *sociedad de la abundancia* o *sociedad de consumo de masas*. Simultáneamente, la denominación *revolución de los servicios* ha determinado la *terciarización* de la economía (...) concluyendo por desnaturalizar el viejo industrialismo hasta convertirlo en lo que se ha llamado *el advenimiento de la sociedad posindustrial*”¹⁰⁸.

Las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial han sido definidas como una suerte de “edad de oro” para la cuestión del desarrollo, tanto por la atención que recibió como por las esperanzas depositadas en las principales estrategias propuestas¹⁰⁹. Éstas coincidían en hacer de la industrialización “la vía maestra para la superación del atraso y divergían respecto a cuál podía o debía ser la clave del progreso; unos la definían como el papel dirigente y protagónico del Estado, otros la concebían como el libre juego del mercado. Pero, por debajo de esa diferencia, subyacía la suposición compartida de que existe ‘un’ primer factor, que pone en marcha el proceso, asegura su continuidad y opera,

¹⁰⁸ Piore y Sabel (1990); Harrison (1994); Castells (2000).

¹⁰⁹ Por lo que se refiere a la sociología, Picó (2003:16-17) señala que “fue la guerra el factor precipitante que provocó el conocimiento y la expansión de esta disciplina novedosa e insegura, que pasará a explicarse al análisis de toda una serie de grupos, instituciones, comportamientos y cambios sociales dando pie a diferentes lecturas en función de los grupos de poder, las escuelas y los personajes que las promovieron. Las necesidades de la guerra primero y la gran expansión económica después impulsaron la tecnología y el desarrollo industrial, que llevó aparejados grandes cambios en los partidos políticos, la organización empresarial, los medios de comunicación de masas, la producción, el consumo y toda una serie de fenómenos nuevos cuyo conocimiento se hizo necesario para la clase gobernante y la Administración, lo cual impulsó la investigación

ante los diversos bloqueos, como una ‘ganzúa’ que abre todos los cerrojos. Esta hipótesis simplificadora, común a las concepciones ‘estadocéntricas’ y a las ‘mercadocéntricas’, configura a ambas como enfoques ‘monistas’, o modelos propiamente dichos” (Arocena y Sutz, 2003: 202).

La hipótesis simplificadora se resuelve si se asume que el Estado y el mercado se relacionan entre sí, y ambos son necesarios para el progreso modernizador. Como indica Gil Calvo, (1995:343), el “Estado es siempre obligatorio (impone el imperio de la ley), jerárquico (establece relaciones de autoridad y subordinación), centralizado (posee un capital que promulga normas, emite moneda, recauda impuestos y redistribuye recursos) y cerrado (dispone de fronteras externas claramente definidas, más allá de las cuales carece de poder). En cambio, los mercados son instituciones voluntarias (pues sus transacciones son libres), igualitarias (pues las relaciones son de simetría entre competidores o de complementariedad entre contraprestadores), distributivas o descentralizadas (pues todos los puntos de la red mercantil poseen la misma capacidad de transacción) y abiertas (pues todos sus actores pueden entrar y salir del mercado cuando quieran, contrayendo y revocando sus recíprocas relaciones de mutuo acuerdo, según la libre voluntad entre las partes). Ahora bien, los Estados (territorialmente contiguos pero separados unos de otros) y los mercados (difusamente superpuestos e interconectados) se interpenetran mutuamente, aunque no coincidan entre sí”.

Cronológicamente, el papel modernizador del Estado es anterior al del mercado, de ahí que muchos autores¹¹⁰ otorgan al Estado la primacía histórica como desencadenante o catalizador. He aquí las tres versiones posibles de causalidad estatal, ya que la modernización histórica europea pudo ser subproducto: “1º) de la centralización endógena de los estados (primera versión, que atiende al surgimiento de relaciones internas de cooperación o de mercado, como resultado de la pacificación impuesta mediante la centralización política); 2º) de la competencia bilateral entre los estados (segunda versión, que atiende a la necesidad de desarrollar la capacidad de movilización militar interna como

social aplicada y las técnicas americanas, que se extendieron como una mancha de aceite por toda Europa y se convirtieron, con el auge del positivismo, en fuente legitimadora de la disciplina”.

¹¹⁰ Veanse, por ejemplo, Elias (1982;1987); Jones (1990); Tilly (1992).

respuesta al desafío exterior), y 3º) de la pertenencia geoestratégica al sistema multilateral de estados (tercera versión, que atiende a la capacidad de que se difundan de unos Estados a otros las innovaciones políticas, económicas o culturales que surgen como resultado de las relaciones tanto de estrecha interdependencia como de competición generalizada que simultáneamente se establecen entre todos los Estados” (Gil Calvo, 1995:344).

Otros autores, consideran que el motor desencadenante de todos los procesos de desarrollo modernizados son los mercados. Así, cabe proponer la “existencia de tres modalidades explicativas o versiones diferentes (tipos ideales) de causalidad mercantil, según interpreten la modernización: 1º) como efecto *endógeno* del propio capitalismo: institución capaz de autodesarrollarse a sí misma generando la industrialización (modelo autárquico de desarrollo de las fuerzas productivas y de creación del mercado interno); 2º) como efecto *exógeno* de las relaciones *multilaterales* que se dan en un sistema abierto y plural de mercado, territorialmente jerarquizado (teoría del sistema mundial y modelo de libre comercio o mundialización)” (Gil Calvo, 1995:348).

El desarrollo, como efecto endógeno del propio capitalismo, ha sido, también, instrumentalizado como una poderosa metáfora de la capacidad y posibilidades de conseguir una mejora en las condiciones de vida de los pueblos y estableciéndose como el eje sobre el que orientaron las directrices de todos los países teniendo como referencia el destino alcanzado por los países desarrollados. Al respecto, la teoría funcionalista de la modernización y la teoría del industrialismo desarrollista, fueron muy influyente en el mundo subdesarrollado durante las décadas de los años 50 y 60, aunque en muchos países de América Latina fue despectivamente llamada desarrollismo¹¹¹. Básicamente, ambos enfoques estaban enraizados en las teorías económicas de Keynes y en la sociología norteamericana inmediata a la posguerra, conocida como el estructural-funcionalismo, cuyo principal representante fue Parsons (1974). Este autor, formuló las siguientes cinco pautas que diferencian a las sociedades modernas de las tradicionales y que impregnaron las posteriores teorías de la modernización: 1) en las sociedades tradicionales priman las relaciones entabladas sobre una base afectiva, mientras que en las sociedades modernas las

¹¹¹ Solé (1998).

relaciones tienen una mayor neutralidad en ese terreno; 2) en las sociedades tradicionales, las relaciones se ciñen a los miembros del mismo círculo social, mientras que en las modernas las relaciones tienden a ser más universales; 3) en las sociedades tradicionales el peso de lo colectivo es muy grande, al contrario de lo que ocurre en las sociedades modernas, marcadas por el individualismo; 4) en las sociedades tradicionales, las personas son valoradas por su adscripción a una familia o una comunidad, mientras que en las sociedades modernas lo son por sus méritos, y 5) en las sociedades tradicionales, los roles sociales tienden a abarcar muchos aspectos diferentes, mientras que en las modernas se ciñen a funciones más específicas¹¹².

Smelser (1991) consideró, al respecto, que el tipo de sociedades que arrancan del proceso de modernización adquieren, progresivamente, la forma de sociedades complejas, y ello porque son formas sociales con una multiplicidad enorme de instituciones y de actividades sociales y complicadas formas de vinculación entre ellas. Estas formas de sociedad evolucionan hasta llegar a generar las estructuras sociales de las sociedades avanzadas del presente. Por un lado, se las denomina complejas, porque se trata de sociedades que no sólo han multiplicado considerablemente la división del trabajo y el número de organizaciones e instituciones sociales que las componen, sino también porque tal multiplicación implica, de manera derivada, la generación de perturbaciones o conflictos sociales desconocidos hasta ese momento, que no encajan en el orden social en el que se producen y que demandan la plasmación de un nuevo orden social. Por ello, la imagen del cambio social que se sintetiza en este “tipo ideal” consiste en entender que el motor del desarrollo económico promueve una especialización de las actividades sociales tradicionales que llevan a cabo las viejas instituciones y, desde ahí, se ponen en marcha cambios estructurales, hasta alcanzar las formas estructurales propias de las sociedades avanzadas contemporáneas. Por otro lado, se las denomina sociedades complejas porque lo que sobresale es que está progresivamente creciendo la distancia entre el individuo y la sociedad o las múltiples mediaciones que intervienen en la relación individuo-sociedad, pues ni el individuo es directamente intervenido por ningún orden social, ni la sociedad puede ser directamente intervenida o conformada por una organización, una institución o individuos concretos. Además, en los

¹¹² Picó (2003).

procesos de conformación de las sociedades complejas se hace necesario el desarrollo de formas nuevas de vinculación entre individuo y sociedad, debido a que se produce un abismo en la mediación en esta relación que implica su desconexión. Por último, el término complejas también se refiere a estas nuevas formas de vinculación, pues el individuo de las sociedades avanzadas se vincula o conecta a ella por medio de nuevas formas de control, de orden y de comunicación sociales¹¹³.

Parsons (1974:11) realizó el estudio de las sociedades utilizando perspectivas evolutivas y comparativas. Respecto a las primeras, concibe al hombre como parte integrante del mundo orgánico, y a la sociedad y a la cultura humana como conceptos que pueden analizarse apropiadamente dentro del marco adecuado para el proceso vital. De este modo, afirmó que utiliza para su análisis conceptos básicos de la evolución orgánica, tales como la variación, la selección, la adaptación, la diferenciación y la integración, siempre que se ajusten a cada contexto social y cultural. Así, cuando Parsons sostiene que “la evolución sociocultural, al igual que la orgánica, ha pasado, por medio de la variación y la diferenciación, de formas simples a otras cada vez más complejas”, nos recuerda sin duda la ley de la complejidad creciente de Spencer. Pero Parsons dice que los primeros evolucionistas sociales estuvieron lejos de poder desarrollar una perspectiva verdaderamente evolutiva, al no considerar la importancia fundamental que tiene la variación como factor crucial de la evolución, que se aplica en todos y cada uno de los niveles del desarrollo. Por este motivo, el paso que ha experimentado la evolución sociocultural de formas simples a otras cada vez más complejas, no ha seguido una línea claramente definida, sino que ha incluido una variedad de formas y tipos distintos.

De acuerdo al enfoque evolutivo, Parsons plantea que los problemas teóricos a los cuales se enfrenta su estudio tienen cuatro aspectos a considerar: 1) utilizar el patrón conceptual general del sistema social; 2) considerar los problemas de la sociedad a partir de un análisis especial, pues el estudio de las sociedades, que es su tema, no es igual al de los sistemas sociales en general; 3) interesarse por el desarrollo evolutivo de las sociedades como conjuntos y en sus principales partes estructurales, las secuencias de patrones estructurales

¹¹³ Eisenstadt (1970); Inkeles y Smith (1974).

cambiantes que caracterizan a las sociedades como sistemas sociales en el curso de su evolución y los procesos por medio de los que se han producido las transiciones, y 4) considerar la variabilidad como problema que, aunque interdependiente, es distinto de la etapa y la secuencia evolutiva. Pero, cuando Parsons se ocupa de lo que denomina sociedad total nos ofrece un panorama tan unilineal del cambio evolutivo como lo hizo cualquiera de los evolucionistas del siglo XIX a quienes Parsons criticó frecuentemente por sus esquemas monistas, necesarios y universales.

Parsons distingue entre lo que denomina cambios endógenos y exógenos que afectan al sistema social, siendo los primeros los que emergen desde dentro de la articulación de roles y normas que forman el sistema, y los segundos, los que surgen desde el exterior del sistema. Las premisas principales de la teoría evolutiva clásica del cambio, como la inmanencia, la continuidad genética, la diferenciación, la direccionalidad y la uniformidad de causas y efectos, aparecen asimismo en el análisis funcional. En suma, el libro de Parsons defiende la lenta, gradual y continua evolución de toda la humanidad a través de tres grandes niveles que forman la estructura de su libro y mediante los cuales distribuye los pueblos del mundo, pasados y presentes: primitivo, intermedio y moderno. Incorpora, de este modo, los procesos del desarrollo evolutivo como una distribución clasificadora, es decir, no interviene aquí el cambio en un sentido empírico sino una simple variación clasificadora. Se trata de una progresión de tipo, en los aspectos de variación y diferenciación, y de continuidad. Es decir, existe sólo una leve relación entre el panorama evolucionista que se expone y el proceso real de cambio¹¹⁴.

Una ejemplificación del planteamiento de Parsons, es la teoría de la modernización de Smelser (1991), que centra el análisis del proceso de la “modernización en la especificación de los cambios sociales que acompañan al desarrollo económico (el motor o elemento determinante de este proceso)” (Bretones, 2001:40). Concretamente, los cambios sociales detectados por Smelser constituyen la caracterización abstracta de los núcleos relevantes del proceso de transformación a gran escala que se denomina modernización, y su propuesta del “tipo ideal” de ésta es, por un lado, que al desarrollo económico le acompaña

¹¹⁴ Nisbet (1976).

un proceso de cambio de estructuras sociales y, por el otro, que los parámetros de este cambio se expresan en en nuevos rasgos estructurales, como pueden ser los siguientes: 1) el desarrollo de un conjunto de nuevas tecnologías fundadas en el saber científico que dejan atrás a las tecnologías basadas en técnicas simples y tradicionales o manuales; 2) el conjunto de nuevas tecnologías posibilita el desarrollo de una forma de producción industrial por la que se establecen nuevas condiciones de trabajo y formas de relación vinculadas al trabajo, que tiene como resultado la aparición de la empresa capitalista, como nueva forma organizativa; 3) el proceso de industrialización requiere y genera nuevas formas de ordenación de las ubicaciones donde los individuos desarrollan sus vidas, proceso que culmina en la aparición de los centros urbanos.

Para Smelser el proceso de modernización se produce a causa de estos cuatro procesos básicos en su conjunto, y que interconectados provocan la emergencia de tres soportes de la dinámica del cambio estructural específico del proceso de modernización: la diferenciación o especialización estructural, la integración de las unidades especializadas y la emergencia de perturbaciones sociales que acompañan a estos dos cambios estructurales, lo que provoca la creación de nuevas unidades especializadas en la organización social y nuevas unidades de integración de la organización social, actuando sobre la nueva organización social que surge como respuesta a la manifestación social o surgiendo para la superación de dichas perturbaciones sociales.

Las doctrinas económicas del industrialismo desarrollista fueron encabezadas por la teoría del crecimiento de Rostow (1973), cuya obra *Las Etapas del desarrollo económico. Un manifiesto no comunista*, tuvo una gran influencia en la opinión pública de aquel entonces. Se trata de un libro que muestra cómo los países en proceso de descolonización podían dar lugar a un crecimiento que les condujese al desarrollo industrial y por qué el comunismo no podía ofrecer los medios para conseguir este objetivo. Algunas propuestas teóricas de la modernización confiaban poco en una simple dicotomía, por lo cual preferían demarcar una serie de etapas de desarrollo histórico que sirviera de base para saber por cual de ellas iba transitando un país en desarrollo o subdesarrollado. Según Rostow (1973) el desarrollo constaba de cinco etapas históricas que conducirían a cualquier país desde una economía

tradicional hasta una economía de consumo de masas, a partir del grado de desarrollo económico en que se encontraran¹¹⁵. Esta teoría y sus variantes trataban de dar respuesta a tres problemas básicos: (1) las características estructurales que determinan el subdesarrollo de un país, (2) las causas que determinan dicha estructura y (3) los factores determinantes para superarlo. El desarrollo era medido en términos de renta per cápita y en la tasa de crecimiento y sólo unos pocos autores otorgaron relevancia a factores socioeconómicos o políticos. La sociedad tradicional corresponde con un estado de atraso y de un bajo nivel de productividad¹¹⁶.

Durante el periodo en el que se cumplen las condiciones previas al despegue, no sólo se propaga la idea de que es posible el progreso económico, sino también que es una de las condiciones necesarias para la consecución de otros objetivos igualmente convenientes como los beneficios privados y bienestar general; el despegue es el periodo durante el cual la sociedad supera finalmente los obstáculos y las resistencias contrarias a su crecimiento permanente, por lo que el crecimiento se convierte en condición normal de la economía; viene después el progreso hacia la madurez que se alcanza unos sesenta años más tarde del comienzo del despegue y en el curso del cual la sociedad se adapta a las necesidades de una mayor producción; la quinta etapa es la era del consumo de masas, caracterizada por el fordismo americano, es decir, la redistribución a los trabajadores de los beneficios de la productividad a fin de incrementar el consumo, y la llegada del Estado de bienestar que proporcionará a todos importantes beneficios. El análisis de Rostow se centra en la idea de crear una tasa de inversión de capital en la sociedad, que alcance un punto en que el crecimiento (o proceso de desarrollo) se vuelva "automático" (lo que hoy día llamaríamos un proceso de desarrollo sostenido). La propuesta de Rostow en gran medida apela a un desarrollo endógeno, es decir, a partir de recursos propios del país. Para promocionar el crecimiento, los elementos medulares eran de acumulación de capital (ahorro e inversión) y el aumento de la productividad del trabajo (progreso técnico y formación de capital humano).

¹¹⁵ Sachs (1996).

¹¹⁶ Rist (2002).

Podemos observar que en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial apareció el término opuesto, “subdesarrollo”, conectado a los países del Tercer Mundo, donde los recursos de capital y tecnología eran insuficientes para la eficiente explotación de sus materias primas y para el uso de los recursos naturales. Bajo la asunción de que era deseable y posible, mediante la apropiada utilización de la ciencia y la tecnología, alcanzar el nivel de vida de los países occidentales, surgieron las instituciones y políticas, nacionales e internacionales, de reversión del subdesarrollo. El proceso de descolonización que siguió a la Segunda Guerra Mundial “se acompañó de forma generalizada de la adopción en los países emergentes de políticas nacionales para salir del subdesarrollo que producían la dependencia de las antiguas colonias de ayuda externa. En este proceso fue importante, como anticipó Frank Fanon, la colaboración de las burguesías ligadas al aparato del estado de los emergentes países que fueron abandonando la lucha de liberación y aceptando las posibilidades que ofrecía la revolución tecnológica. (Gimeno y Monreal, 1999:5-7).

Se consolidó, así, un camino de una sola vía que hizo del desarrollo una institución universal, el mecanismo privilegiado de encuentro entre la sociedad y el Estado dentro de un determinado orden mundial caracterizado por una nueva regulación basada en las relaciones entre los Estados nacionales por medio de las instituciones mundiales como Naciones Unidas y sus agencias afines. Rist (2002:84-85) señala que a finales de 1948, la política exterior de Estados Unidos estaba en plena efervescencia, obligada a hacer frente a los numerosos cambios que se sucedían por todo el mundo, y argumenta que “en aquellos días, el redactor de los discursos presidenciales se esforzaba en definir algunas líneas precisas que estructurasen el tradicional ‘Discurso sobre el estado de la Unión’ que el presidente Truman debía pronunciar el 20 de enero de 1949. Una primera reunión dejó claras tres ideas en torno a las que hubo rápidamente unanimidad: los Estados Unidos continuarían apoyando la nueva Organización de las Naciones Unidas; continuarían su esfuerzo de reconstrucción europea mediante el Plan Marshall y, finalmente, iban a crear una organización común de defensa (la OTAN) para hacer frente a la amenaza soviética. A estos tres primeros puntos, un funcionario sugirió que se añadiese la extensión a las naciones desfavorecidas de la ayuda técnica que se había concedido hasta entonces a algunos países de América Latina. Después de algunas dudas, la idea se mantuvo al fin

porque era original y suponía un *public relations gimmick*, frente a los tres primeros puntos, bastante convencionales. Como era de esperar, al día siguiente del discurso presidencial, la prensa americana dedicó sus principales titulares al ‘Punto IV’, aunque nadie, ni el propio presidente, ni el secretario de Estado pudieran decir sobre ello algo más que lo que habían leído. Pese a todo, con independencia del carácter anecdótico del episodio, el ‘Punto IV’ inaugura la ‘era del desarrollo’ y es significativo que la idea fuese proclamada en primer lugar por un presidente estadounidense”.

La efervescencia a la que hace referencia Rist se explica si retomamos el análisis de Arrighi (1999), cuando distingue entre economías nacionales extrovertidas y autocéntricas, para identificar la diferencia estructural existente entre el régimen de acumulación británico y el régimen estadounidense que le sucedió. En el régimen británico, la extroversión de la economía dominante y líder se convirtió en el zócalo de un proceso de formación del mercado mundial en el que las ramas más importantes de la actividad económica británica desarrollaron vínculos más fuertes de complementariedad con las economías de los países coloniales y extranjeros que los que establecieron entre sí. En el régimen estadounidense, la naturaleza autocéntrica de la economía nacional dominante y líder se convirtió en el zócalo de un proceso de “internalización” del mercado mundial en el interior de los dominios organizativos de corporaciones empresariales gigantes, mientras que las actividades económicas desarrolladas en los Estados Unidos siguieron estando orgánicamente integradas en una única realidad nacional en un grado mucho mayor al que nunca lo estuvieron las actividades económicas desarrolladas en la Gran Bretaña del siglo XIX. Esta diferencia entre ambos regímenes fue el resultado de un dilatado proceso histórico a lo largo del cual el régimen estadounidense se configuró como un componente esencial y subordinado de las estructuras de acumulación del régimen británico dominante, a cuya desestabilización y destrucción contribuyó después, para emerger finalmente como el nuevo régimen dominante. Hasta su crisis terminal, el régimen británico fue y siguió siendo principalmente un sistema de pequeñas y medianas empresas comerciales. Una vez que las grandes compañías estatutarias por acciones hicieron el trabajo de abrir nuevas esferas de comercio e inversión exterior para la empresa británica, fueron liquidadas. En particular, la integración vertical de los procesos de producción e intercambio, que se convirtió en el

rasgo específico más importante del régimen de acumulación estadounidense, no desempeñó función alguna en la formación y expansión del régimen británico del siglo XIX.

Por el contrario la principal dinámica de este régimen fue la fisión vertical y no la integración de subprocesos de producción e intercambio secuenciales, que vinculaban la producción primaria con el consumo final. Como conjunto nacional, las corporaciones estadounidenses combinaban las ventajas de una división “técnica” del trabajo extensiva (economías internas) con las ventajas de una división “social” del trabajo extensiva (economías externas) en un grado mucho mayor que las empresas unid departamentales británicas o que las empresas alemanas horizontalmente integradas. Por otro lado, acometiendo la expansión transnacional una vez que habían completado su integración doméstica continental, las corporaciones estadounidenses actuaban en los mercados domésticos de otros Estados movilizand o recursos y poder de compra extranjeros en beneficio de su propia expansión burocrática, y se beneficiaron mediante sus superiores capacidades para neutralizar y aprovechar el proteccionismo de otros Estados mediante la inversión exterior directa. Sin embargo, una vez que la destrucción y la centralización alcanzaron el límite de sus posibilidades, la empresa corporativa estadounidense se mostró impotente para crear las condiciones de su propia autoexpansión en un mundo caótico. Tras la Segunda Guerra Mundial, esta paralización se rompió mediante la estrategia de la Guerra Fría y la reconstrucción de Europa occidental y de Japón, los cuales se convirtieron en los modelos del mundo libre.

El discurso Truman posicionaba a su país como líder en un nuevo programa que pudiera hacer que los beneficios de los avances científicos y el progreso industrial fueran utilizados para el crecimiento de las áreas subdesarrolladas y para la mejora de las condiciones de vida de las poblaciones en todo el mundo¹¹⁷. Pero hay que destacar que Truman indica que sus intenciones no tienen nada que ver con el antiguo imperialismo, que implicaba la explotación al servicio del beneficio exterior. Que lo que pretende es poner en funcionamiento un programa de desarrollo basado en las ideas de una negociación

¹¹⁷ Gimeno y Monreal (1999).

equitativa y democrática. Por tanto, este discurso sintetiza un cierto número de ideas que, de forma manifiesta, correspondían con el espíritu de su tiempo; innova en el terreno conceptual y propone una nueva forma de entender las relaciones internacionales¹¹⁸. El adjetivo subdesarrollado aparece al comienzo del primer párrafo del Punto IV. Es la primera vez que se utiliza en un texto destinado a una difusión semejante como sinónimo de regiones económicamente atrasadas¹¹⁹. Esta innovación terminológica modifica el sentido del término desarrollo, introduciendo una relación inédita entre desarrollo y subdesarrollo.

Benson, quien fuera miembro del Secretariado de la Oficina Internacional del Trabajo, se refirió, por primera vez, a las áreas subdesarrolladas al escribir sobre las bases económicas de la paz en 1942. Pero la expresión no tuvo mayor eco, ni en el público ni en los expertos. Por ejemplo, en 1944, Rosenstein-Rodan hablaba de áreas económicamente atrasadas mientras que Lewis se refería a la brecha entre las naciones ricas y las pobres. La Carta de Naciones Unidas en 1947 insinuaba la meta de alcanzar el crecimiento del ingreso en las áreas económicamente atrasadas. Finalmente, en diciembre de 1948 la Asamblea General de Naciones Unidas votó dos resoluciones tituladas “Desarrollo económico de los países insuficientemente desarrollados” y “Asistencia técnica con vistas al desarrollo económico”. A lo largo de la década, la expresión apareció ocasionalmente en libros técnicos o en documentos de Naciones Unidas. Sólo adquirió relevancia cuando Truman la presentó como emblema de su propia política¹²⁰.

¹¹⁸ Hay que retener que en el periodo que va de la guerra de Corea y cerrado por los acuerdos de Paz de París que pusieron fin a la guerra de Vietnam, fue el periodo más rentable y sostenido del crecimiento económico de la historia del capitalismo mundial. En esta época, la tasa de ganancia del conjunto de la economía-mundo capitalista fue, según Arreggi (1999), excepcional de acuerdo con criterios históricos. Si bien fue el mejor de los tiempos para el capitalismo histórico, como se desprende de su designación como la edad de oro del capitalismo, no está del todo claro si fue una edad más dorada que la “Era del Capital”, del período 1848-1875. En todo caso, las décadas de 1950 y 1960, como las de 1850 y 1860, constituyen fases de expansión material de la economía-mundo capitalista, pues el capital excedente se reinvertió de nuevo en ercio y la producción de mercancías a una escala lo suficientemente amplia como para crear las condiciones de una cooperación y una división del trabajo renovadas en el interior de las organizaciones gubernamentales y empresariales (y entre ellas mismas también) de la economía-mundo capitalista.

¹¹⁹ Rist (2002).

¹²⁰ Sachs (1996); Esteva (1996); Rist (2002).

De esta manera doscientos años de construcción social del significado histórico-político del término desarrollo fueron eclipsados y descartados. Con el discurso de Truman la idea de desarrollo tal como se venía definiendo desde el siglo XVIII cambió por completo: el esfuerzo para fundamentar el progreso de la civilización en el pensamiento social, y más específicamente el desarrollo progresivo, había comenzado con hombres como Leibniz, Kant, Hegel o Condorcet. El concepto de desarrollo lo habían utilizado, al igual que Marx y los clásicos de la economía política, Lenin y Schumpeter. Luego apareció en el artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones donde se afirmaba además que existían grados de desarrollo. Así, cuando Truman utilizó públicamente el término de subdesarrollo catalogó a amplias zonas del mundo, ya no como exóticas o primitivas como había hecho el imperialismo en el siglo XIX, sino como subdesarrolladas.

Un nuevo problema fue definido, la zona precaria de las zonas atrasadas, y a la vez aparecieron los caminos para solucionarlo. Al definir el subdesarrollo como la ausencia de desarrollo y caracterizar a éste por medio de una serie de indicadores cuantitativos asociados con la riqueza de los países del Norte, “se creó el ámbito donde las instituciones de ayuda, tales como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional, se concibieron como instrumentos ‘adecuados’ para revertir tal situación de ausencia de riqueza. En efecto, lo que faltaba en un país ‘pobre’ sólo podía ser conseguido por medio de la ayuda externa, haciendo depender las estrategias de ayuda de las instituciones externas ligadas a los intereses de los países del Norte. La gestión de los espacios nacionales, la formulación de los objetivos a alcanzar y de los caminos por medio de los cuales alcanzarlos se ligaron a la intrincada maquinaria del desarrollo que quedaba definida, no desde las necesidades sentidas de las poblaciones del Sur, sino desde las acciones de las instituciones de ayuda destinadas a satisfacer necesidades que eran definidas en relación al tipo de desarrollo alcanzado en el Norte. De esta manera la problemática del desarrollo ha estado siempre vinculada a la industria de ayuda y la cooperación, a la vez que las ideas y prácticas que entretejen sus engranajes están directamente relacionadas con la experiencia histórica de la vía mediante la que los países del Norte alcanzaron su desarrollo” (Gimeno y Monreal, 1999:10-11).

La aparición del concepto de subdesarrollo sugiere no solamente la idea de un cambio posible dirigido hacia un estado final, sino, también, la posibilidad de provocar este cambio, de que los países podrán desarrollarse, y la legitimación de este planteamiento está en la teoría funcionalista de la modernización y en el industrialismo desarrollista. De acuerdo con Arocena y Sutz (2003:145), fue muy profunda la influencia de dos concepciones que, desde entonces hasta hoy, han ocupado con frecuencia, en un vaivén recurrente, la posición de primacía en las ideas y las prácticas acerca del desarrollo: la “teoría de la escalera” y la “teoría del motor”. La primera de esas concepciones “caracteriza la situación de los países periféricos como atraso con respecto a los países industrializados; estos últimos ejemplifican lo que es el desarrollo; su trayectoria histórica reciente muestra cómo se alcanza ese estadio de evolución social. Se trata pues de ascender desde el atraso al desarrollo –o desde la tradición a la modernidad-, subiendo los peldaños de una escalera, en lo esencial única y ya conocida. La segunda concepción afirma que el motor para alcanzar las condiciones de vida características de los países desarrollados es el crecimiento económico. Un corolario de esa tesis es que la clave del avance consiste en lograr niveles elevados de inversión, mediante el ahorro interno y/o la inversión y la ayuda externas. Así se aumenta de manera sustancial la producción, poniendo en marcha un proceso sostenido cuya dinámica misma va mejorando la situación social en general. En esta óptica, el desarrollo llega a identificarse con el crecimiento económico”.

De este modo el desarrollo toma un sentido transitivo, el de una acción ejercida por un agente sobre alguien distinto a él. Mientras que el subdesarrollo será considerado como un estado que existe naturalmente, sin causa aparente¹²¹. Así, pues, cambia radicalmente la visión del mundo, la antigua relación jerárquica de las colonias sometidas a su metrópoli es sustituida por un mundo en el que todos los Estados son iguales en derecho, aunque ahora se diferencien en desarrollados y subdesarrollados. De este modo, “la vieja dicotomía desacreditaba el sistema colonial de manera mucho más eficaz que el sistema de mandatos, que estaba basado en la creencia en una ‘civilización’ que un grupo de privilegiados tenía la misión de difundir. Incluyendo a toda la humanidad en el paradigma del ‘desarrollo’ – considerado como el requisito compartido por todos- la legitimación se hacía ‘natural’,

¹²¹ Rist (2002).

afianzada en una ‘universalidad’ mucho menos discutible que las antiguas políticas de una organización llamada internacional (...) los americanos afirman su hegemonía gracias a una propuesta generosa que se pretende por encima del enfrentamiento ideológico capitalismo/comunismo; la clave de la prosperidad y de la felicidad es el crecimiento de la producción y no un debate sin final en torno a la organización social, de la propiedad de los medios de producción o del papel del Estado” (Rist, 2002:90-91).

Según Rist (2002), a pesar de que con el Punto IV Estados Unidos encuentra una forma de afianzar sus intereses particulares en el escenario global, aparenta no preocuparse más que del bien común, y presenta al desarrollo como un conjunto de medidas técnicas y situadas al margen del debate político. Nunca antes una palabra había sido universalmente aceptada el mismo día de su acuñación política. Una nueva percepción, de uno mismo y del otro, quedó establecida de pronto. Definiendo al subdesarrollo como un estado de carencia, más que como el resultado de circunstancias históricas, y a los subdesarrollados como pobres, sin preguntarse por las razones de su indigencia, se hace del crecimiento y de la ayuda la única respuesta posible. De esta forma, el desarrollo se transforma en una meta que hay que alcanzar y comenzaron a aparecer diferentes explicaciones del subdesarrollo. Algunos, como Hirschman (1961), no dieron importancia al periodo de gestación. Otros, por el contrario, convirtieron este aspecto en el elemento central de sus elaboraciones, y describieron con penoso detalle la explotación colonial en todas sus variantes y la acumulación originaria de capital¹²². Comenzó también a prestarse atención pragmática a los factores internos o externos que parecían ser causa actual de subdesarrollo: relación de precios del intercambio, intercambio desigual, dependencia, proteccionismo, imperfecciones del mercado, corrupción, falta de democracia o de espíritu empresarial. Así, pues, mientras que la idea de desarrollo se iba imponiendo, la planificación estatal empezó a tener penetrantes efectos, no sólo en el Tercer Mundo sino también en Occidente. Las concepciones de la planificación y las rutinas introducidas en el Tercer Mundo durante el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial son el resultado acumulado de la acción intelectual, económica y política, contribuyó grandemente a la producción de la configuración socioeconómica y cultural que hoy describimos como subdesarrollo.

¹²² Esteva (1996).

La expresión Tercer Mundo fue presentada por Sauvy en un artículo titulado Tercer Mundo, un planeta, en 1952, en el que comparaba a los países colonizados, o anteriormente colonizados, con el Tercer Mundo del Antiguo Régimen¹²³. Para describir el mundo tras la Segunda Guerra, Sauvy recurrió a una comparación con la época de la Revolución Francesa, cuando los dos estamentos o estados dominantes, el clero y la nobleza, se encontraron con el desafío del resto, ese tercer estado del que se dijo en su momento que no es nada y quiere serlo todo; análogamente, frente al Primer Mundo del capitalismo industrial y al recién surgido Segundo Mundo del modo de industrialización soviético, emergía un Tercer Mundo que abarcaba a la gran mayoría de la humanidad y a casi todo lo que se había conformado durante un siglo como periferia¹²⁴.

Por último, este Tercer Mundo, ignorado, explotado, despreciado, como el Tercer Estado, quiere, él también ser algo. Y es que sobre la periferia “concentraron la atención los grandes procesos sociopolíticos del período, la descolonización y la guerra fría. La disparidad en las condiciones de vida en el planeta se convirtió en un eje fundamental de los debates y de las políticas. Se empezaron a dedicar esfuerzos significativamente mayores que antes a estudiar y comparar la diversidad de situaciones en materia de alimentación, vivienda, salud, esperanza de vida, educación, niveles de ingresos. Entre los tomadores de decisiones, los forjadores de opinión y los sectores más informados en general, cobraron cierta fuerza la angustia y aún la indignación ante la comprobación del atraso y la miseria; crecieron tanto los temores como las expectativas de que esas situaciones pudiesen generar grandes transformaciones sociales y políticas; muchos creían llegada la hora del Tercer Mundo, y que allí se definiría el enfrentamiento entre el Primer y el Segundo Mundo; en torno a todo este tema se multiplicaron las interpretaciones y las recomendaciones, las intervenciones de los gobiernos y la activación de colectivos diversos. La cuestión del desarrollo llegó a ocupar los primeros planos de la reflexión y de la acción” (Arocena y Sutz, 2003:145).

¹²³ Rist (2002).

¹²⁴ Arocena y Sutz (2003).

La guerra fría, para Rist (2002), tuvo al menos dos consecuencias: 1) convirtió al Tercer Mundo en el campo de batalla ideológico de las grandes potencias, permitiendo a los nuevos Estados, o a los movimientos de independencia nacional, beneficiarse –a veces alternativamente- del apoyo de protectores influyentes; 2) bloqueó completamente el sistema de decisión política de la ONU, porque el derecho de veto de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad impedía toda acción en caso de amenaza contra la paz, de ruptura de la paz y de acto de agresión en el marco del capítulo VII de la Carta. La organización se vio obligada a ocuparse de asuntos más consensuales, entre los que el desarrollo ocupó un lugar importante. Es decir, que la noción y la política de la cooperación internacional nacieran en el contexto de descolonización y guerra fría tuvo consecuencias importantes¹²⁵. Los principales actores institucionales del régimen poscolonial, que comenzó en los años cincuenta y duró hasta los setenta, se declararon interesados sobre todo por reducir la pobreza en el Sur mediante el fomento del crecimiento económico basado en la inversión y en la difusión de la ciencia y la tecnología¹²⁶. Los medios para conseguirlo fueron la planificación, la intervención estatal y la redistribución económica.

De esta forma la Asamblea General de la ONU estaba preocupada por el desarrollo desde finales del año 1948. Por ejemplo, el artículo 55 de la Carta obligaba a Naciones Unidas a favorecer el aumento del nivel de vida, el pleno empleo y las condiciones de progreso y de desarrollo en el orden económico y social. Sin embargo, no existía ninguna estructura especializada en este nuevo ámbito y era la Secretaría General de la organización quien era responsable, en colaboración con el Consejo Económico y Social y las instituciones miembros del sistema de Naciones Unidas, de la puesta en práctica de estas medidas. El denominado Punto IV del presidente Truman iba a dar el impulso necesario para la creación de una serie de instituciones enteramente consagradas a la promoción del desarrollo¹²⁷.

¹²⁵ Vernières (1998).

¹²⁶ Duffield (2004).

¹²⁷ “Así, el 16 de noviembre de 1949, la Asamblea General aprueba la creación del ‘Programa Ampliado de Asistencia Técnica’ alimentado por contribuciones voluntarias de sus miembros. Los fondos se destinan principalmente a financiar el envío de expertos, a conceder becas a naturales del Tercer Mundo y a formar cuadros. Los gobiernos debían plantear sus peticiones de asistencia y una oficina de asistencia técnica, integrada por los directores de las agencias especializadas, organiza los programas y vigila la imparcialidad en la asignación de los fondos disponibles. Además, un Comité Permanente de Asistencia Técnica, compuesto por miembros del Consejo Económico y Social examina los proyectos presentados y se asegura que no constituyan ninguna forma de injerencia. Este mecanismo es todavía modesto, pero permite interesar en el

Una de estas instituciones, el Fondo Monetario Internacional (FMI), se fundó con la misión de organizar y gestionar el sistema monetario internacional¹²⁸.

El FMI puso en funcionamiento, hasta mediados de los años 70, un sistema de tasas de cambio fijas, a fin de evitar que acciones unilaterales de países miembros provoquen una vuelta a la práctica de las devaluaciones competitivas de antes de la guerra y de competencia salvaje por medio de las tasas de cambio calculadas fuertemente a la baja. Además, los Estados miembros podían recibir créditos del FMI proporcionalmente a su aportación de capital inicial, para solucionar sus dificultades temporales de equilibrio de su balanza de pagos. Así, pues, cada país disponía de un derecho de giro de este Fondo. Sin embargo, para Vernières (1998:51), la utilización de este derecho dependía de un cierto número de condiciones que le otorgaban un poder económico a esta institución, capaz de imponer sus concepciones a los países en dificultad: “Al FMI se le había asignado también la misión de permitir y facilitar la libre convertibilidad de las monedas. Pero no se trata de una institución independiente. Su consejo de administración está compuesto de representantes de los estados miembros con una capacidad de voto proporcional a sus cuotas. Como éstas se determinan en función del peso económico de los diversos países, se trata de una institución en la que el poder se encuentra en manos de los países más ricos”.

El Banco Mundial fue creado paralelamente al FMI, con el nombre de Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD). Como indica este nombre, “su vocación, a diferencia del Fondo, centrado en problemas económicos a corto plazo, es cooperar al desarrollo económico a largo plazo de sus miembros. Por ello, su misión principal es favorecer proyectos, considerados rentables o beneficiosos para el desarrollo a largo plazo, que de otra manera no podrían ser financiados con un costo razonable. El Banco toma dinero prestado en los mercados internacionales de capitales a los precios más favorables porque su firma es considerada como de primer orden. Los fondos así reunidos se prestan a los países en desarrollo que no habrían podido obtener semejantes condiciones. Desempeña además de su función de asistencia técnica a los países ayudados, un papel bastante clásico

‘desarrollo’ del Tercer Mundo –conforme a los deseos del presidente Truman- a países sin responsabilidades coloniales e *internacionaliza la concesión de la ayuda*” (Rist, 2002:106).

¹²⁸ Peet (2005).

de intermediario financiero, a la inversa del FMI. En efecto, éste, para mantener sus reservas, no puede tomar prestado más allá del 60% del valor total de las aportaciones de sus socios” (Vernières, 1998:53)¹²⁹.

En 1952 se publicó el primer Informe sobre la Situación Social Mundial, despertando un inusitado interés tanto dentro como fuera de las instituciones de Naciones Unidas. El informe se concentró en la descripción de las condiciones sociales y sólo de modo incidental abordó los programas para mejorarlas¹³⁰. Las preocupaciones pragmáticas de alivio de la pobreza estaban eclipsadas por la obsesión general con la industrialización generalizada y el crecimiento del PNB que dominaba en la década de 1950: el progreso social, desde esta óptica, no era sino la consecuencia natural del crecimiento rápido del PNB. Además al no ser suficiente la asistencia técnica para la ayuda al desarrollo, debía ser completada con la transferencia de capitales. El Consejo Económico y Social de Naciones Unidas buscó, en primer lugar, resolver el problema mediante el Banco Mundial, pero éste rechazaba intervenir porque la remuneración del capital invertido era insuficiente. Según Rist (2002:107), había que encontrar otros medios para financiar los proyectos poco rentables, en especial en el ámbito de las infraestructuras, y “un primer intento de crear un Fondo Especial de Naciones Unidas para el Desarrollo Económico fracasó en 1953. El problema se resolvió finalmente de dos maneras distintas: por una parte, el Banco Mundial creó sucesivamente la Sociedad Financiera Internacional (1956) para apoyar las inversiones privadas, más tarde, en 1960, la Asociación Internacional para el Desarrollo (AID) encargada de otorgar préstamos en condiciones más favorables que las del mercado a los países más pobres. Por otra la Asamblea General (resolución 1240/XII de 14 de octubre de 1958) estableció un Fondo Especial a fin de recoger contribuciones voluntarias destinadas a financiar proyectos importantes en los países más desfavorecidos. Este Fondo Especial y el Programa Ampliado de Asistencia Técnica se integraron en 1965 en el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo”.

¹²⁹ A pesar de sus grandes diferencias, el FMI y el Banco Mundial , tienen como actividad común intervenir en los países con dificultades financieras, a lo que se suma que la frontera entre problemas a corto y mediano plazo no es siempre evidente. Vease Peet (2005).

¹³⁰ Esteva (1996).

Los proyectos de desarrollo aplicados a los países subdesarrollados ya adoptaban un carácter vertical, siendo diseñados y realizados por técnicos expertos que tenían poco conocimiento e interés por las condiciones, capacidades o necesidades de las áreas y comunidades donde se centraban las intervenciones desarrollistas. Este tipo de planes fracasaban por no estar orientadas a alentar la participación en los procesos de diseño y decisión, suponiendo, a su vez, un despilfarro de los fondos destinados a los proyectos de desarrollo¹³¹. A medida que las elites del Tercer Mundo se apropiaban del ideal del progreso, traducido básicamente en desarrollo y crecimiento económico, la planificación se transformaba en una herramienta para el cambio social controlado. Mientras tanto, diversos activistas sociales empezaron a abogar por el fin de las estrategias de acción de “arriba hacia abajo” y por la inclusión de la participación y los métodos participativos de interacción como una dimensión esencial del desarrollo. De este modo las palabras participación y participativo aparecieron por vez primera en la jerga del desarrollo a fines de la década de 1950.

En 1955, algunos gobiernos convocaron la Conferencia de Bandung para poner en marcha una política común favorable al desarrollo de los países afroasiáticos. Esta conferencia internacional marcó el comienzo del movimiento de los “no alineados” y de las reivindicaciones del Tercer Mundo en el marco de las organizaciones internacionales. Esta conferencia se situaba en el marco de la Guerra Fría, dado que muchos de los países participantes estaban ligados a las potencias occidentales por medio de alianzas militares, mientras que otros pertenecían al otro campo. De este modo lo que establecía una de las bases del no alineamiento era la negativa a recurrir a pactos de defensa mutua destinados a servir a los intereses particulares de las grandes potencias. Por otro lado, esta conferencia marcó el comienzo de una reivindicación colectiva de los países del Tercer Mundo en el ámbito político (descolonización) y en el del desarrollo, pidiendo, a su vez, la admisión en la ONU para aquellos de sus miembros que estaban todavía excluidos. Sin embargo, esta conferencia era esencialmente asiática: si la ausencia de numerosos países africanos se explica por el hecho de que estaban todavía colonizados, la de los latinoamericanos parece difícilmente comprensible. Así, la mayoría de las exigencias que se formularon allí fueron

¹³¹ Rahnama (1996); Gimeno y Monreal (1999).

continuamente retomadas por las resoluciones de Naciones Unidas y progresivamente aceptadas. Sin embargo, es significativo que los diez principios del comunicado final no difieren apenas del derecho internacional existente, ni de lo establecido en la Carta de Naciones Unidas¹³².

En 1962 U. Thant, secretario general interino de Naciones Unidas, pidió a la Asamblea General que proclamase la Década de Naciones Unidas para el Desarrollo. En el prólogo de su informe, U. Thant no promete, ciertamente, que los problemas del subdesarrollo se resuelvan en diez años, pero introduce una serie de temas que, constantemente retomados y repetidos, constituyeron la argumentación de base para todos los discursos sobre el “desarrollo”. Algunos de ellos son los siguientes: 1) el desarrollo no es simplemente sinónimo de crecimiento económico: es un crecimiento económico acompañado de transformaciones, lo que implica un claro desacuerdo con el reduccionismo económico, pero sin negar, pese a ello, el carácter determinante de lo económico. Sin embargo, núcleo duro del desarrollo sigue siendo el crecimiento, al que hay que añadir en este caso “unas transformaciones”, que quedan sin definir; 2) la decepcionante evolución del comercio exterior en los países en vías de desarrollo se debe en parte a los obstáculos que se oponen a la entrada de sus productos en los mercados de los países industriales. Se considera al comercio siempre, de manera general y sin distinguir entre situaciones diferentes, como uno de los motores del crecimiento. Se podría añadir también la importancia del factor humano y la necesidad urgente de movilizar los recursos humanos.

De esta manera la expresión desarrollo social, lentamente introducida en los informes de Naciones Unidas sobre la situación social, apareció sin definición, como una vaga contraparte del desarrollo económico, y como un sustituto de la noción estática de situación social. Según Esteva (1996), se percibió lo social y lo económico como realidades distintas.

¹³² “En el terreno del ‘desarrollo’ la principal contribución de la Conferencia de Bandung será acelerar la aparición de nuevas instituciones internacionales (o influir en las ya existentes) encargadas de fomentar el modelo de ‘desarrollo’ propuesto por los Estados industriales y, especialmente, por los Estados Unidos. Puede añadirse en el plano político el impulso que se dio a la intensa actividad diplomática de los países del Tercer Mundo que multiplicaron sus encuentros para armonizar sus puntos de vista. Esto conducirá a definir la noción de ‘no alineamiento’ en la Conferencia de Belgrado (1961), dirigida por Tito, Nasser y Nehru y, un año más tarde, a la creación del ‘grupo de los 77’, con ocasión de la conferencia económica de los países no

La idea de cierto equilibrio entre estos aspectos se convirtió primero en un desideratum y más tarde en el objeto de un examen sistemático. El Consejo Económico y Social de Naciones Unidas (Ecosoc) recomendó en 1962 la integración de ambos aspectos en el desarrollo. Ese mismo año, las Propuestas de Acción de la Primera Década del Desarrollo de Naciones Unidas (1960-1970) establecieron que el problema de los países subdesarrollados no es mero crecimiento, sino desarrollo. El desarrollo es crecimiento más cambio, añadieron. El cambio, a su vez, es social y cultural tanto como económico, y cualitativo tanto como cuantitativo. El concepto clave debe ser mejorar la calidad de vida de la gente¹³³.

Por otra parte, la Iglesia católica no estuvo al margen respecto a la idea de desarrollo y al interés en el Tercer Mundo. La consecución del Concilio Vaticano II, con el acercamiento social que supuso para la Iglesia católica, y la elaboración de las encíclicas *Pacem in terris* y, sobre todo, la *Poppulorum progressio*, que avivaron el interés de los católicos por los problemas socio-económicos del planeta e impulsaron la lucha por encontrar soluciones a los mismos, significaron la creación, en la década de los sesenta, de un clima de opinión católico comprometido con las desigualdades internacionales, que incorporó a los tradicionales apoyos de las labores misionales, la colaboración de numerosas organizaciones de creyentes laicos, en torno a labores de ayuda y concienciación de la opinión pública en cuestiones relacionadas con el subdesarrollo del Tercer Mundo.

La propia encíclica *Poppularum Progressio*, después de reconocer en el preámbulo el deber de la Iglesia de intervenir y seguir con atención el desarrollo de los pueblos más necesitados, afirma: “El desarrollo si ha de ser auténtico, tiene que ser completo: de todo el hombre y de todos los hombres. Responde al propósito de Dios. Y es el hombre el

alineados de El Cairo. En cuanto a los países más ‘revolucionarios’, se identificaron –tras la victoria de Castro en 1959- con lo que se llamará la Tricontinental” (Rist, 2002:105-106).

¹³³ Esteva (1996) señala que la creación del Instituto de Investigaciones de Naciones Unidas para el Desarrollo Social (Unrisd) en 1963, fue en sí misma una ilustración de las preocupaciones del periodo. Otra resolución del Consejo Económico y Social (ECOSOC) de la ONU, en 1966, reconoció la interdependencia de los factores económicos y sociales y la necesidad de armonizar la planeación económica con la social. A pesar de este cambio gradual, a lo largo de la Primera Década del Desarrollo de Naciones Unidas el desarrollo siguió siendo percibido como un camino definible de crecimiento económico, que pasaba por varias etapas, y la integración fue la palabra clave que vinculaba el aspecto social con el económico. En la década de 1960,

responsable y el artífice principal del éxito o el fracaso de su propio desarrollo. El desarrollo completo del hombre no puede darse sin el desarrollo solidario de la humanidad”. Asimismo, el texto se muestra, como decimos, enormemente crítico con la visión economicista de los planteamientos de la época: “abandonada a sí misma, la economía moderna, lejos de atenuar, agranda la disparidad de los niveles de vida de los pueblos”. Desde esta reformulación socio-religiosa del problema, “se entendió, en efecto, que el desarrollo, planteado como una mejora de las condiciones económicas, desenfocaba una realidad mucho más compleja, cual era la humana, donde, desde el punto de vista cristiano, el aspecto que primaba era el progreso vital en la búsqueda de Dios y el comportamiento acorde con las normas ejemplificadas por Jesucristo. En este sentido, el cristiano debía estar cerca del pobre y, por tanto, de los países donde más pobres había, para ampararle en su realidad y, desde el Concilio, para ayudarlo a superar su injusta situación. Asimismo, se entendían como erróneos los comportamientos economicistas y consumistas de los años del desarrollo, según los cuales la acumulación material de comodidades (o lujos) era el paradigma de la felicidad” (Peredo Pombo, 1999:31-32).

Hay que destacar que, también, en América Latina, el Cuerpo de Paz, el Programa del Cuatro, la Guerra contra la Pobreza, y la Alianza para el Progreso contribuyeron a enraizar la noción de subdesarrollo en la percepción popular, y a profundizar la invalidez creada con ella. Sin embargo, ninguna de esas campañas fue comparable en su efecto al que lograron, en el mismo sentido, los teóricos latinoamericanos de la dependencia y otros intelectuales de izquierda, dedicados a criticar todas y cada una de las estrategias de desarrollo que los norteamericanos pusieron sucesivamente de moda¹³⁴. Por su parte, la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo (CNUCED) nació en 1964, y era una tribuna privilegiada del Grupo de los 77. En 1967 este grupo de países adoptó la *Carta de Argel*, en el curso de una reunión preparatoria de la Segunda Conferencia del CNUCED a realizarse en Nueva Delhi en 1968, y resumía el conjunto de reivindicaciones de los países del Sur respecto de los países industrializados.

como el Unrisd reconoció más tarde, el desarrollo social fue visto en parte como una precondition del crecimiento económico y en parte como la justificación moral de este y de los sacrificios que implicaba.

¹³⁴ Esteva (1996).

En representación de Cuba, asistió el Che Guevara, quien declaraba que en la conferencia de “Bretton-Woods, se originaron una serie de organismos internacionales cuya acción ha sido nefasta para los intereses de los países dependientes del mundo contemporáneo” (Guevara, 1966:66). Además, dio la visión que su gobierno revolucionario tenía sobre el escenario político existente: “Vivimos en un mundo que está profunda y antagónicamente dividido en agrupaciones de naciones que representan tendencias económicas, sociales y políticas muy disímiles. En este mundo de contradicciones, se expresa como la fundamental de nuestra época la que existe entre los países socialistas y los países capitalistas desarrollados. El hecho de que la guerra fría, concebida por el Occidente guerrerista haya demostrado su ineficacia práctica y su falta de realismo político, es uno de los factores que presuponen esta Conferencia. Pero con ser aquella la más importante contradicción, no es, sin embargo, la única; existe también la contradicción entre los países capitalistas desarrollados y los pueblos subdesarrollados del mundo y en esta *Conferencia para el Comercio y el Desarrollo*, las contradicciones existentes entre estos grupos de naciones, tienen también una importancia fundamental. Además existe la contradicción propia entre los distintos países capitalistas desarrollados, que luchan incesantemente entre sí por el reparto del mundo y la posesión estable de sus mercados, que les permita un desarrollo amplio, basado, desgraciadamente, en el hambre y la explotación del mundo dependiente” (Guevara, 1966:69-70).

El presidente tanzano Julius Nyerere decidió afrontar el problema del subdesarrollo invitando a sus conciudadanos a basarse en sus propias fuerzas. La Declaración de Arusha –que hacía implícita esta nueva manera de salir de la pobreza- fue adoptada por la Tanganyika African National Union (TANU) el 5 de febrero de 1967. La Declaración de Arusha es un discurso normativo, una declaración de intenciones, un catálogo de prescripciones¹³⁵. De esta forma, la idea de self-reliance, de autonomía o de desarrollo autocentrado hacía su entrada en el lenguaje del desarrollo. Autonomía no significa autarquía. No se excluyen la ayuda, ni las inversiones privadas, pero ambas deben estimular los esfuerzos propios y no invitar a la pereza. Según Rist (2002) la *self-reliance*: 1) intenta redefinir las prioridades económicas para producir los bienes útiles al conjunto de la

¹³⁵ Rist (2002).

población más que basarse en el comercio internacional para importar bienes de consumo (o armas) que sólo benefician a una minoría. El control democrático de la producción es una condición fundamental de la *self-reliance*; 2) se basa en la utilización prioritaria de los factores de producción disponibles localmente, en lugar de considerar al comercio internacional como un sustituto de la investigación; 3) armoniza el modo de vida con el medio ambiente y los factores locales en presencia, lo que lleva consigo repercusiones ecológicas y culturales positivas. 4) implica una diversidad de modelos de ‘desarrollo’ y rechaza la imitación de los modelos importados; 5) disminuye la alienación resultante de la falta de control sobre el proceso económico y favorece la solidaridad horizontal; 6) permite alcanzar un mejor equilibrio ecológico: impide que un grupo se apodere o agote los recursos de otro, o que los desechos contaminantes se exporten fuera del lugar en el que se producen; 7) obliga a reinventar en lugar de imitar lo que se hace en otros sitios; supone un proceso permanente de aprendizaje.

2.3. Tercer periodo: la Segunda Década del Desarrollo.

La década de los setenta fue un punto de inflexión en la historia de la naturaleza del sistema mundial capitalista¹³⁶ y, por tanto, en la historia del Estado¹³⁷. Desde ese momento, se observa una rebelión generalizada contra las definiciones económicas del desarrollo, que constreñían sus metas a indicadores cuantitativos mas o menos irrelevantes. Por ejemplo, Robert McNamara, quien fuera el presidente del Banco Mundial por aquel entonces, tras reconocer en 1970 que una alta tasa de crecimiento no había traído consigo un progreso satisfactorio en el desarrollo durante la Primera Década del Desarrollo, insistió en que la de 1970 debía contener algo más que medidas burdas de crecimiento económico. Sin embargo, el “destronamiento del PNB”¹³⁸, como se llamó entonces a esta cruzada, no llegó muy lejos, ya que no fue posible lograr consenso internacional o académico sobre cualquier otra definición. Así, mientras que la Primer Década consideraba separadamente los aspectos sociales y económicos del desarrollo, la Segunda comprendió la mezcla de las dos. De esta

¹³⁶ Concretamente, las regiones centrales del sistema capitalista mundial fueron consolidando y fortaleciendo lazos entre ellas, a costa de las zonas periféricas.

¹³⁷ Duffield (2004).

manera, la Asamblea General de Naciones Unidas había proclamado en 1970 la Segunda Década para el Desarrollo, dotada de una estrategia, término nuevo que indicaba que el desarrollo debía ser concebido de manera global e integrada. Se formuló un nuevo paradigma, el de la integración, tras reconocer la necesaria integración de los recursos físicos, los procesos técnicos, los aspectos económicos y el cambio social.

Según Esteva (1996), la Estrategia para el Desarrollo Internacional, proclamada el 24 de octubre de 1970, demandó una estrategia global, basada en la acción conjunta y concentrada en todas las esferas de la vida económica y social. El punto de flexión, sin embargo, no estuvo en la Estrategia para el Desarrollo Internacional, sino en una resolución casi simultánea de Naciones Unidas, que estableció un proyecto para la identificación de un enfoque unificado de desarrollo y planeación, que debía integrar plenamente los componentes económicos y sociales en la formulación de políticas y programas. Comenzó, así, una búsqueda de un enfoque unificado para el análisis y la planeación del desarrollo, que examinó simultáneamente la integración intrasectorial y espacial, regional, y el desarrollo participativo. Sin embargo, fue un proyecto frustrante y de corta vida, como empresa de Naciones Unidas. Su crítica de las ideas y métodos de desarrollo económico dominantes encontró gran resistencia. Y su incapacidad de ofrecer remedios universales simples lo condenó a una rápida extinción. El proyecto, empero, incubó la mayor parte de las ideas y lemas que animaron el debate sobre el desarrollo durante los siguientes años.

Pero la Segunda Década, que se inició con la preocupación por encontrar un enfoque unificado, evolucionó de hecho en la dirección opuesta: la dispersión. Se trajeron en rápida sucesión, al centro de las preocupaciones, problemas básicos, como el ambiente, la población, el hambre, la mujer, el habitat o el empleo. Cada “problema” siguió por un tiempo su carrera independiente, concentrando la atención pública e institucional. Mas tarde, se demostró la compleja relación de cada problema con todos los demás, y comenzó el ejercicio pertinente de unificación, colocando a uno de los problemas en el centro del proceso. Los candidatos clave para la unificación fueron objeto de constante disputa,

¹³⁸ Esteva (1996).

derivada de las viejas controversias sobre prioridades y de los pleitos cotidianos entre los cuerpos burocráticos por su supervivencia y la asignación de recursos.

Además, en los años setenta, los límites naturales de los recursos se convirtieron en una de las censuras más certeras y preocupantes que se hicieron al desarrollismo, y que más resonancia obtuvieron tanto dentro de la comunidad científica como en el seno de las sociedades de los países desarrollados. Por ejemplo, fue “el Club de Roma quien encargó un proyecto de estudio para analizar las causas y consecuencias a largo plazo del crecimiento de la población, el capital industrial, la producción de alimentos, el consumo de recursos y la contaminación. El informe final dio lugar a un libro, *Los límites del crecimiento*, que llamó como pocos a la conciencia entre las élites y la propia opinión pública, sobre las fatales consecuencias en términos de agotamiento de recursos y deterioros humanos y medioambientales, que padecería el planeta en caso de mantenerse los sistemas de crecimiento” (Peredo Pombo, 1999:33). Al respecto, es importante señalar la existencia de dos informes “que intentaron en aquel momento plantear la visión socialdemócrata de un ‘nuevo orden’. Se trata, en primer lugar, del informe RIO (*Reshaping the international order*) presentado al Club de Roma por Jan Timbergen. La idea central era proseguir la vía trazada por la economía dominante, liberalizando los movimientos de capitales y los intercambios, pero poniendo mayor atención en las condiciones de vida de los pobres, de manera que pudiera reducirse la diferencia entre los más ricos y los más pobres” (Rist, 2002:185).

El informe de Timbergen estaba inspirado en los puntos de vista predominantes en los medios ligados con el desarrollo de los países nórdicos y de los Países Bajos y tenía en cuenta también la nueva prioridad que se otorgaba a la satisfacción de las necesidades fundamentales. El otro informe –que en cierta forma clausura el decenio- “fue preparado por una comisión independiente de Naciones Unidas colocado bajo la presidencia de Willy Brandt y se llamó *Norte-Sur: un programa de supervivencia*. Inauguraba una nueva forma de abordar los problemas, conforme a una idea lanzada por Robert McNamara entonces presidente del Banco Mundial: el Secretario General de la ONU nombra una comisión independiente, confía la presidencia a una personalidad respetada por todos (Willy Brandt

había sido canciller de la República Federal de Alemania, pero también premio Nobel de la Paz en 1971); los miembros de la Comisión celebran una serie de reuniones en las distintas partes del mundo y se entrevistan sobre el terreno con numerosas personalidades; un secretariado reúne el resultado de los trabajos, redacta un informe, prologado por el presidente, que finalmente es enviado al Secretario General de Naciones Unidas. Los costes se cubren con las contribuciones voluntarias de algunos gobiernos y con fondos privados” (Rist, 2002:186).

De este modo se ofrecía una oportunidad para hacer propuestas nuevas, basadas en las experiencias adquiridas en el ámbito del desarrollo, sin olvidar la inmensa literatura disponible. Hay que admitir, sin embargo, que el resultado fue decepcionante, pues “pese a que su repercusión en las discusiones internacionales sobre el ‘desarrollo’ fue efímera, el Informe Brandt marca una etapa: se sitúa al final de una época en la que se esperaba actuar sobre las causas del ‘subdesarrollo’ y el comienzo de otra en la que se decidirá multiplicar – en nombre de esos mismos valores- las ayudas paliativas, que se calificarán más tarde de ‘humanitarias’ ” (Rist, 2002:188). El desarrollo, interpretado tan solo como una realidad económica, hacía aguas en el seno de una opinión pública confundida, que tan sólo era capaz de destruir un mito sin conseguir crear consensos analíticos suficientemente sólidos para elaborar un concepto universalmente aceptado¹³⁹.

Hay que destacar que Naciones Unidas convocó una conferencia sobre medio ambiente en Estocolmo en 1972 que, por primera vez, llamó la atención en todo el mundo sobre los peligros de la contaminación, el agotamiento de los recursos, la desertificación, etc¹⁴⁰. Un año después, la IV Conferencia de Jefes de Estado de los Países no Alineados, reunida en Argel, propuso la instauración de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), propuesta ratificada por la Asamblea de Naciones Unidas en mayo de 1974. Se examinaban los problemas relativos a las materias primas y al desarrollo, centrándose en el crecimiento económico, la expansión del comercio internacional y el incremento de la ayuda otorgada por los países industrializados. A partir de esta sesión extraordinaria de la Asamblea se hizo pública la *Declaración relativa a la instauración de un nuevo orden económico*

¹³⁹ Peredo Pombo (1999).

internacional, dotada de un Programa de Acción, y también se sumó la *Carta de los derechos y deberes económicos de los Estados*, como resultado de los trabajos de la Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (CNUCED). Era el grito final de unos países que llevaban años reclamando una modificación de la estructura económica mundial y, por tanto, de sus paradigmas, aunque también reclamando su derecho a participar en el desarrollo económico de la época. Sin embargo, la puesta en práctica del NOEI nunca se llevó adelante.

Los Estados del Sur, enardecidos por el impulso que nacía del éxito de la retórica del NOEI, buscaron diversificar sus ámbitos de aplicación, en especial a través de la Declaración de Lima sobre el Desarrollo Industrial y la Cooperación, publicada por la Conferencia de la ONUDI, el 26 de marzo de 1975. En la Declaración se calculaba en el 25 por ciento la participación de los países de la periferia en la producción industrial mundial a alcanzar desde esa fecha hasta el año 2000, pero sin interrogarse sobre el tipo de industrialización deseable, ni sobre sus efectos medioambientales, ni sobre los mecanismos de la industrialización dependiente. En 1976 la V Conferencia de los no alineados, reunida en Colombo, lanza la idea de un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, idea que es incorporada a los programas de Trabajo de la UNESCO. Se trató de unos debates sobre la verticalidad de la información, la carencia de fuentes informativas en el Tercer Mundo y la dependencia cultural que suponía para los países del Sur con respecto a los del Norte este imperialismo mediático. Estos debates añadieron nuevos matices al concepto de desarrollo pero, sobre todo, afirmaron al Tercer Mundo en una posición: el rechazo a asumir los enfoques desarrollistas occidentales si ello suponía una alienación cultural progresiva de sus pueblos¹. Sin embargo sus esfuerzos no produjeron apenas resultados concretos salvo el de abrir una crisis mayor en la UNESCO, causado por abandono intencionado de la organización de los dos principales contribuyentes económicos en 1985: los Estados Unidos y Gran Bretaña. Sin embargo, los debates de la V Conferencia de los no alineados sobre la creación de un nuevo orden

¹⁴⁰ Peredo Pombo (1999); Rist (2002).

mundial de la información y la comunicación los materializó la UNESCO en el Informe MacBride en 1980¹⁴¹.

Desde nuestra perspectiva de análisis, nos interesa destacar que en 1974 fue redactada la Declaración de Cocoyac (México) por un grupo de intelectuales, entre los que se encontraban Amin, Nerfin y Galtung. Esta declaración planteaba que cualquier proceso de crecimiento que no conduzca a la satisfacción (de las necesidades básicas) o que, aun peor, la perturbe es una parodia de la idea de desarrollo¹⁴². La Declaración también subrayó la necesidad de la diversidad y de seguir muy diferentes caminos al desarrollo, así como la meta de la autosuficiencia y el requerimiento de cambios económicos, sociales y políticos fundamentales. Hay que destacar que en la 11.ª Conferencia Mundial de la Sociedad Internacional para el Desarrollo (SID) que se celebró en Nueva Delhi en 1969¹, Dudley Seers presentó las líneas maestras de un enfoque con un alto contenido social (empleo, distribución y pobreza), que luego daría lugar a la estrategia de las necesidades básicas.

La orientación de los estudios del desarrollo hacia temas sociales se reforzó con el Programa sobre el Empleo Mundial de la OIT también de 1969, con especialistas como el mismo Seers y Singer. A la importancia otorgada al crecimiento sucedió una preocupación por los objetivos propiamente dichos del desarrollo, esto es, por los fines (la mejora en la calidad de vida de la población) y no tanto por los medios (la expansión de la renta per cápita). Tal cambio implicaba una percepción distinta sobre la naturaleza del proceso de desarrollo económico. De este modo, la preocupación por los aspectos sociales del desarrollo se centró en los problemas crecientes de empleo, distribución y pobreza en el Tercer Mundo, pues el crecimiento económico no suponía necesariamente la disminución de la desigualdad. Esto fue así porque comenzó a ser patente que crear empleos productivos no era suficiente, por lo que desde este enfoque se centraron también en la redistribución de la renta hacia los sectores menos favorecidos. Por otro lado, surgió el enfoque de las necesidades básicas, que planteaba objetivos menos abstractos y generales, y promovía soluciones de forma positiva, como por ejemplo alcanzar la satisfacción universal de las necesidades básicas. Éstas fueron definidas por la OIT como las que aseguraban un nivel

¹⁴¹ Veanse Peredo Pombo (1999); Duffield (2004); Rist (2002).

de vida mínimo que toda sociedad debería establecer para los grupos más pobres de sus habitantes.

El enfoque de las necesidades básicas tiene tres antecedentes teóricos: la primera idea se remonta al discurso anual de McNamara ante el consejo de Gobernadores del Banco Mundial de 1972, donde plantea que, como las poblaciones de los países del Sur no son capaces de asumir su propio destino y de satisfacer sus necesidades más esenciales, los gobiernos de los países en desarrollo deben preocuparse más de las necesidades humanas esenciales; esta idea había aparecido también en la Declaración de Cocoyoc, integrada en gran parte por intelectuales miembros del Foro del Tercer Mundo; y por último, la satisfacción de las necesidades fundamentales estaba presente en el informe Hammarskjöld¹⁴³. Este triple patrocinio (Banco Mundial, OIT y Foro del Tercer Mundo) “tuvo como consecuencia no sólo proporcionar a la aproximación a las ‘necesidades’ fundamentales una audiencia considerable, sino también reconciliar (aunque fuese de manera provisional) a las organizaciones no gubernamentales con el *establishment* del ‘desarrollo’ y especialmente con el Banco Mundial” (Rist, 2002:192).

Este enfoque buscaba potenciar los medios para alcanzar determinados objetivos de bienestar, y creía necesario promover más el desarrollo rural y confiar menos en la planificación del desarrollo, en aras de una administración descentralizada. De este modo el enfoque de las necesidades básicas propuso la idea de ocuparse directamente de satisfacer esas necesidades, en vez de esperar su satisfacción como resultado del proceso de desarrollo. Los teóricos del desarrollo acunaron la noción de las necesidades básicas con el propósito de proveer un marco de referencia coherente que pudiera acomodar los crecientemente refinados conjuntos de objetivos de desarrollo que fueron evolucionando y

¹⁴² Esteva (1996); Rist (2002); Held (2005).

¹⁴³ El informe Hammarskjöld “intenta plantear un ‘desarrollo distinto’ basado en la satisfacción de las necesidades, la self-reliance, la armonía con la naturaleza y los cambios estructurales. Estos elementos no son necesariamente nuevos, pero están a partir de ese momento combinados y colocados en un contexto político inequívoco” (Rist, 2002:181-182). La otra novedad del informe Hammarskjöld deriva de su consideración del ‘desarrollo’ como un fenómeno global que no atañe solamente a los países del Tercer Mundo, sino también a los países industrializados. Finalmente, el informe recomienda el refuerzo de la autonomía colectiva de los países del Tercer Mundo, como lo había hecho el NOEI, y la participación selectiva de los países del Sur en el sistema internacional, única fórmula, según el informe, capaz de garantizarles un estilo propio de desarrollo y la independencia nacional.

pueda sistemáticamente relacionar estos objetivos con diversos tipos de políticas, incluyendo al crecimiento. Los puntos clave de intervención eran la educación primaria, la salud, la nutrición, la vivienda, la planificación familiar y el desarrollo rural. La estrategia de las necesidades básicas tuvo la virtud de atraer la atención de los economistas hacia los variados aspectos del desarrollo, tales como su dimensión social, en términos generales, y fenómenos como la participación y el agotamiento de los recursos naturales. Sin embargo, esta visión social sobre el desarrollo adolecía de algunos inconvenientes, como que los objetivos propuestos resultaban en ocasiones poco realistas y escasamente operativos y que no resultaba claro cómo afectaría la adopción de una estrategia de las necesidades básicas al crecimiento y al cambio estructural¹⁴⁴.

En 1975, algunas de las ideas de la Declaración de Cocoyoc se ampliaron en el informe *¿Qué hacer?* de la Fundación Dag Hammarskjöld, el cual fue patrocinado por el BM, la OIT y el Foro del Tercer Mundo. Los expertos juzgaron que el hombre debe tener mayor influencia en el proceso de desarrollo y que este debe ser, como insistía Unesco, desarrollo integrado: un proceso total y multirelacional, que incluye todos los aspectos de la vida de una colectividad, de sus relaciones con el mundo exterior y de su propia conciencia¹⁴⁵. Concretamente Rist (2000:181) plantea los siguientes cinco aspectos: 1) considerar al desarrollo como un todo –y no sólo como un proceso económico- que debe ser endógeno, es decir, surgir del fuero interno de cada sociedad. Nace de la cultura y no se reduce a la imitación de las sociedades desarrolladas. No hay, por tanto, una fórmula universal de desarrollo; 2) el desarrollo debe dirigirse a la satisfacción de las necesidades esenciales de las poblaciones más pobres; para conseguirlo deberán basarse en sus propias fuerzas; 3) hay que reconocer que la situación actual está ligada a unas estructuras de explotación que tienen su origen en el Norte, pero que están representadas en el Sur por unas clases dirigentes que son, a la vez, cómplices y rivales de los privilegiados de los países industrializados. Debe otorgarse, así, la ayuda internacional con prioridad a los Estados comprometidos en corregir las desigualdades internas y negarse a aquellos otros que no respetan los derechos humanos; 4) el desarrollo debe tener en cuenta los límites ecológicos, ligados a los sistemas sociales y a las tecnologías. En consecuencia, los países del Norte

¹⁴⁴ Alguacil (2000).

deben transformar sus estilos de vida reajustando sus economías y orientándolas hacia una mayor justicia en las relaciones comerciales internacionales, y 5) el sistema de Naciones Unidas debe modificarse para tener en cuenta las profundas transformaciones políticas que han tenido lugar desde el final de la Segunda Guerra Mundial, y los que han tenido lugar a partir del final de la Guerra Fría.

El final de la guerra fría ha producido un número significativo de cambios en la estructura organizativa de las organizaciones multilaterales. Durante los años noventa, la burocracia gubernamental de la ayuda creció y cambió su función. Las agencias especializadas de la ONU, por ejemplo, al tener cada una sus propias historias institucionales, sus distintas culturas de organización y sus diferentes modos de financiación, tendían a funcionar de forma separada. De esta forma, Naciones Unidas ha ido construyendo con los años un verdadero entramado organizacional en torno al estudio del desarrollo y la gestión de su ayuda¹. Y es que “la llegada de las emergencias complejas y, sobre todo, la demanda de operaciones de amplio alcance, ha hecho que las agencias especializadas de la ONU busquen formas de mejorar su coordinación. Esta exigencia surgió claramente en el periodo posterior a la guerra del Golfo y llevó a la creación, a finales de 1991, del Departamento de Asuntos Humanitarios de la ONU (DHA; ahora OCAH) para coordinar mejor a las agencias de ayuda en las situaciones de emergencia. Aunque el objetivo era mejorar la coordinación inter-ONU, en la mayoría de las emergencias complejas esto ha seguido siendo problemático” (Duffield, 2004: 105-106). A la par del crecimiento de las responsabilidades y los cambios de mandato de algunas agencias de Naciones Unidas durante los noventa, la labor de análisis del sistema de Naciones Unidas y sus experiencias sobre el terreno han contribuido a la reelaboración del concepto de desarrollo en los últimos años. En efecto, estas décadas de trabajo ponen sobre la mesa de Naciones Unidas la cuestión de cuál es la “verdadera” dimensión del desarrollo, hecho que no hace sino pensar en la cambiante retórica sobre el desarrollo de los últimos cincuenta años.

¹⁴⁵ Esteva (1996).

En los ochenta, surgieron una serie de preocupaciones en torno al significado del desarrollo y su relación con los derechos humanos y el medio ambiente¹⁴⁶. Por un lado, en la UNESCO se comenzó a interpretar el desarrollo desde su aspecto cultural, pues se entendía que en una sociedad heterogénea culturalmente no podía haber “un concepto unívoco de desarrollo pero, además, se buscaba una idea que fuera lo suficientemente moldeable, asimilable a cada una de las culturas, sin perder los objetivos comunes de mejorar las condiciones de vida de la sociedad, avanzar en la lucha contra la pobreza, etc. En la conferencia sobre políticas culturales que tuvo lugar en Méjico D.F. en 1982, se estableció la dimensión cultural del desarrollo, que versaba: *La dimensión cultural del desarrollo agrupa todos los componentes psico-sociológicos, sí como los factores económicos, tecnológicos y científicos que ayudan a mejorar la vida material e intelectual de las poblaciones, sin introducir cambios violentos en sus creencias y modos de vivir*” (Peredo Pombo, 1999:36). La UNESCO recogió las siguientes dimensiones para elaborar un concepto de desarrollo: 1) constatar que el desarrollo seguía significando, además, un crecimiento, una mejora económica para los pueblos y, por tanto, ésta debía perseguirse, y 2) ante esta diversidad social y cultural, el único común denominador es el hombre y, por tanto, el hombre debe ser el centro de análisis de ese largo proceso que es el desarrollo, y no inmediato y lineal como se había pretendido.

Por otro, la reactivación en los ochenta del planteamiento del progreso de los pueblos como un objetivo inalienable y con un discurso en defensa de los derechos humanos (como planteaba el artículo 22 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948 o el artículo 11 del Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales de 1966, dentro del seno de las Naciones Unidas) desembocó finalmente en la Resolución 41/128, adoptada por la Asamblea General de Naciones Unidas el 4 de diciembre de 1986. Es decir,

¹⁴⁶ Alguacil (2000:30) afirma que “la nueva teoría del desarrollo, que se podría denominar de corte radical humanista ecologista, podemos ubicarla de forma más explícita en la declaración de Cocoyoc, que entiende el ‘desarrollo’ en el sentido de desarrollo de los seres humanos, no en el desarrollo de países, de la producción de objetos, de su distribución dentro de sistemas sociales ni de transformación de las estructuras sociales. Este último tipo de desarrollo puede constituir el medio de alcanzar un fin, pero no debe confundirse con ese fin, que es el desarrollo de la totalidad del ser humano y de todos los seres humanos. Igualmente se recoge el postulado básico del Ecodesarrollo que supondría satisfacer los ‘límites interiores’ del hombre sin transgredir los límites ‘exteriores’, o, dicho en palabras de Galtung: ‘satisfacer las necesidades fundamentales, materiales y no materiales, de los seres humanos, sin destruir al mismo tiempo el equilibrio ecológico de la naturaleza, sino quizá incluso mejorándola”.

Naciones Unidas planteaba un concepto de desarrollo situado en el origen y el fin de la actividad humana, pues el hombre debe buscar y lograr ese derecho. Por ejemplo, en el informe de la Comisión Sur, de acuerdo con Rist (2002:232), además de examinarse los problemas por los que atraviesa el Sur y de trazarse un “programa planetario de acción inmediata en seis puntos”, se define el desarrollo de la siguiente manera como “un proceso que permite a los seres humanos desarrollar su personalidad, lograr confianza en sí mismos y conseguir una existencia digna y armoniosa. Es un proceso que libera a las poblaciones del miedo, de la pobreza, de la explotación y que hace retroceder la opresión política, económica y social. Es mediante el desarrollo como la independencia política adquiere su auténtico sentido. Se presenta como un proceso de crecimiento, un movimiento que toma sus raíces en la misma sociedad que está cambiando. [...] El desarrollo de una nación debe basarse en sus propios recursos, tanto humanos como materiales, explotados plenamente para la satisfacción de las necesidades propias. [...] El desarrollo debe ser, por tanto, un esfuerzo del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. El verdadero desarrollo se orienta hacia los seres humanos”. Por su parte, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) publicó en 1990 el primer informe sobre el Desarrollo Humano. Reinvidicó la necesidad de superar el desarrollo económico, definido de manera estrecha, para ubicar al individuo, con sus necesidades, aspiraciones y capacidades, en el centro de los esfuerzos para el desarrollo; al mismo tiempo, puso el acento en el carácter inaceptable de las discriminaciones generadas por la clase social, el sexo, la raza, la nacionalidad, la religión, la comunidad, la edad.

Pero, además, “el desarrollo pasó a ser también un deber, es decir, una contraprestación del derecho, que consiste en vincularse individual y colectivamente con ese proceso universal y centrado definitivamente en el hombre” (Peredo Pombo, 1999:47) El PNUD definió el “desarrollo humano” como el proceso de ampliación de las opciones de la gente, en un intento de dotar de toda su amplitud y humanidad al concepto. Se trataba de proponer, para escapar a la tiranía del PNB, un nuevo indicador del desarrollo humano que, en cada país, combinara la renta, la esperanza de vida y el nivel de educación como tres variables de análisis. Además, a partir del informe se puede valorar la asignación de los fondos disponibles, tanto en los presupuestos nacionales como en la ayuda pública para el

desarrollo. Más concretamente, en el informe se presenta el desarrollo humano por medio de un nivel internacionalmente comparativo de privación, que muestra cuan lejos del caso nacional más exitoso se encuentran los demás países. La meta más ambiciosa del informe es generar un Índice de Desarrollo Humano, que sintetice, en una escala numérica, el nivel global de desarrollo humano en 130 países. El informe Brundtland también incluye el análisis de las condiciones sociales existentes en esos países para el periodo 1960-1988, tras reunir datos sobre una amplia colección de variables y una serie de proyecciones, que presentan “metas sociales viables” a alcanzarse para el año 2000¹⁴⁷.

La reacción pública de Europa a las hambrunas de Etiopía y Sudán durante mediados de los ochenta proporcionó, también, un gran empuje moral y financiero a las agencias que suministraban ayuda de emergencia. Comenzó una etapa de rápido crecimiento y progresiva influencia de las ONG dedicadas a operaciones de emergencia” (Duffield, 2004: 113). No hay que olvidar que en esta época, más concretamente, en 1985, se creó Médicos sin Fronteras. De hecho, al final de la década de los ochenta, las ONG se encontraron a sí mismas al frente de un movimiento que ponía su obligación de salvar vidas por encima de cualquier consideración política o de cualquier restricción burocrática. La ONU, aunque sin poder para acabar con las guerras, durante los primeros años de la década de los noventa, mediante el acceso negociado y con el establecimiento de nuevas relaciones estratégicas con las agencias de ayuda y el establishment militar, intentó desarrollar nuevas formas de suministrar ayuda humanitaria a todas las poblaciones afectadas por la guerra. Así, “mientras que los políticos se habían puesto a la defensiva por el populismo suscitado por la ayuda humanitaria a mediados de los ochenta, a principios de los noventa ya habían aprendido a cómo aprovechar la fuerza irresistible del humanitarismo, la atención que le dedicaban los medios de comunicación y la influencia que esto conllevaba” (Duffield, 2004: 115).

En lo que se refiere a la problemática medio ambiental, se creó en 1983 una Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo “para investigar las interacciones entre ambos fenómenos y aportar soluciones que permitieran una aplicación equilibrada y óptima entre

¹⁴⁷ Esteva (1996).

los dos. Esta activación del fenómeno medio ambiental o ecológico fue naturalmente impulsado por sectores cada vez más concientizados y comprometidos con el entorno natural. El denominado ‘movimiento verde’ –que se manifestaba entonces a través de partidos o agrupaciones políticas y organizaciones no gubernamentales distribuidas, sobre todo, por Europa y Norteamérica- cobraba inusitadas fuerzas aglutinando tendencias sociales de rechazo al armamentismo, a la energía nuclear, al deterioro de la naturaleza o al descenso de la calidad de vida en las ciudades” (Peredo Pombo, 1999:40-41). Por su parte, la Comisión Brundtland consiguió encontrar una ligazón entre desarrollo y medio ambiente en su informe final, “titulado *Nuestro futuro común*, publicado en 1987. Esta ligazón es el nuevo concepto de ‘desarrollo sostenible’: *Es aquel que satisface las necesidades del presente sin limitar el potencial para satisfacer las necesidades de las generaciones futuras*. Es decir, se planteó la idea de la limitación del desarrollo, cual es la de no agotar, ni tan siquiera comprometer, a las siguientes generaciones dejándoles en herencia un planeta desfigurado en la naturaleza y sus recursos” (Peredo Pombo, 1999:41).

Alguacil (2000) advierte que la definición del concepto del informe Brundtland abre interrogantes, pues la ambigüedad respecto de lo que son las necesidades básicas y de cómo se satisfacen hace que el concepto de desarrollo sostenible no esté exento de críticas y que haya suscitado una fuerte controversia que contribuyó a un continuo enriquecimiento del concepto. Así, pues, el sentido crítico de la idea de desarrollo sostenible construida en este informe ha sido puesto en tela de juicio al no explicitar la incompatibilidad entre crecimiento y sostenibilidad, o lo que es lo mismo, al confundirse el término desarrollo con el término crecimiento, que ha significado un mantenimiento de la idea de crecimiento “sostenible”. Por ello Alguacil plantea que algunos autores afirman que: 1) el desarrollo sostenible lo que realmente intenta es hacer sostenible el desarrollo económico corriente; 2) el crecimiento económico implícito del informe puede llevar, contrariamente a su enunciación, a infravalorar las necesidades futuras y a una mayor degradación ambiental; 3) es una apuesta por la adaptación de los problemas ambientales al modelo global neoliberal y en ningún caso proclive a la redistribución de la riqueza; 4) existe una imposibilidad de definir la operatividad del desarrollo sostenible desde la lógica de la modernidad y, 5) se

omite las contradicciones sociales que genera el sistema industrial y que inciden directamente sobre la crisis ecológica.

El Informe Brundtland da por descontada la unidad, pero una unidad que es, ahora, resultado de una amenaza. La Tierra es una, pero el mundo no lo es. Todos dependemos de una biosfera para sustentar nuestras vidas, concluye Sanchs (1996). De hecho, las cosas cambiaron mucho desde la promulgación de la Carta de las Naciones Unidas -desde la esperanza moral de una humanidad unida por la razón y el progreso, a la noción económica de países enlazándose entre sí mediante relaciones comerciales y, finalmente, al espectro de la unidad en la autodestrucción global. A finales de los '80, "el debilitamiento de las competencias del Estado-nación en el Sur había comenzado a extenderse desde la esfera económica a la política, con la aparición de varias formas de condicionalidad a la ayuda (...) Esto quiere decir que la ayuda al desarrollo estaba cada vez más ligada al progreso de la liberalización económica, pero también a la creación y al mantenimiento de instituciones democráticas y pluralistas" (Duffield, 2004:60).

El informe Bruntland indica que la imagen directa desde el espacio permite mostrarla como una naturaleza desvinculada de la actividad humana y se convierte en el punto de partida para la gestión y control de la Tierra como globalidad. La caracterización de esta globalidad como pequeña, frágil y limitada transmite una imagen de escasez. En este sentido, "si el mapa nacional representa la segmentación del territorio y facilita y precisa la creación de instituciones para la gestión y el control desde una administración centralizada, la imagen de la Tierra como una totalidad se relaciona con una problemática (económica) de carácter general que lleva a conectarla con una actuación de carácter global y a instituciones de gestión (técnica) y control mundial, más que regionales o nacionales, desplazando la lógica nacional (y política), como eje privilegiado de actuación. Los problemas que amenazarían al mundo exigirían soluciones de carácter global gestionadas por instituciones (también) globales" (Gimeno y Monreal, 1999: 248).

El Informe Bruntland acababa sugiriendo a las Naciones Unidas "la organización de 'una conferencia internacional para examinar los progresos conseguidos y promover los

acuerdos complementarios que se necesitarán para establecer indicadores sobre la senda del progreso humano y mantenerlo dentro de unas normas en armonía con las necesidades del hombre y las leyes naturales’. Fue sin duda esta última recomendación la mejor aplicada porque más de un centenar de Jefes de Estado, millares de delegados llegados de todos los países del mundo, 1.400 ONG y 8.000 periodistas –casi un total de 30.000 personas- se desplazaron a Río de Janeiro, del 3 al 14 de junio de 1992, para participar en la Cumbre de la Tierra, la Conferencia de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente y el Desarrollo (CNUMAD).” (Rist, 2002:217-218). Pero, Pombo Peredo (1999) sostiene que estas llamadas a la comunidad internacional que se han sucedido en los años noventa desde los más diversos foros, tienden a no profundizar en la realidad humana de los más necesitados y en sus culturas. Paralelamente a la Cumbre de la Tierra, las ONGs organizaron, también en Río, una conferencia denominada “Foro global”, a la cual asistieron casi 20.000 personas. Tanto esta conferencia como la de Copenhague en 1995, fueron la arena donde se impulsó la construcción de un significado y prácticas dominantes del desarrollo en la década del noventa¹⁴⁸.

Por su parte, García (2004:91) reconoce que “antes recurrí al artificio de considerar 1972 – fecha de la conferencia de Estocolmo- como punto de partida de la sociología medioambiental. De una forma no menos convencional, podría decirse que 1992 –fecha de la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro- marca la consolidación de la subdisciplina. Dicha reunión significó el reconocimiento solemne de la importancia de la problemática del medioambiente y el desarrollo por parte de gobiernos e instituciones de todo el mundo, con el consiguiente efecto de difusión tanto sobre el conocimiento como sobre las prácticas sociales. En la sociología medioambiental, la década de los noventa del siglo pasado –y sobre todo su segunda mitad- fue una etapa de proliferación de las publicaciones y de aparición de nuevas revistas especializadas, de consolidación de grupos y programas de investigación, de multiplicación de cursos y actividades docentes, de frecuente convocatoria de congresos y conferencias...”.

¹⁴⁸ Gimeno y Monreal (1999).

El discurso del desarrollo, vinculado con los derechos humanos y el medio ambiente, adopta, de forma implícita, un enfoque social evolucionista con respecto a los problemas del Sur. Mientras que África y América Latina se estudian como áreas que afrontan el desafío del desarrollo, la Europa del Este se estudia como un problema de transición. Sin embargo, en la práctica se considera que estas zonas están en un proceso, a menudo interrumpido, de evolución hacia un futuro democrático-liberal. En este sentido, se considera que fomentar la reforma del mercado, promover la privatización y ayudar a crear instituciones públicas efectivas y representativas son partes esenciales de este proceso de evolución. Sin embargo, estas afirmaciones que consideran el progreso como una serie de estadios intermedios que conducen a una forma más elevada tienen serias limitaciones, pues el paradigma desarrollista es mecanicista en el aspecto en el que implica que las sociedades y los grupos sociales no tienen ni voluntad ni deseos propios, y se establece que si todo transcurre según lo previsto, es decir, con unas condiciones determinadas, éstos conducirán a unos estados predecibles de antemano.

La paradoja del desarrollo es que “los resultados reales y el comportamiento existente contradicen el esquema esperado y son una amenaza continua para su cadena causal. Más que un cambio fundamental de paradigma, la principal consecuencia del fracaso de estas políticas ha sido el centrar los estudios de desarrollo en análisis normativo y en la obligación de resolver los problemas. El paradigma desarrollista se presenta como un cuerpo de conocimiento que crece basándose en los fallos del pasado. Es como si, durante cincuenta años, sucesivas generaciones de expertos en desarrollo hubiesen tratado de solucionar lo que hicieron mal para así poder hacerlo mejor la próxima vez” (Duffield, 2004:208). Así, ni en 1989 ni en 1991, en los momentos cruciales del cambio político que enterraba el comunismo en Europa central y oriental, “el gobierno de George Bush tuvo la capacidad para lanzar esquemas de ayuda económica que fueran siquiera comparables al Plan Marshall de la administración Truman. En menos de medio siglo muchas cosas habían cambiado. Los recursos disponibles para la generosidad hacia el resto del mundo representaban ya una cantidad mezquina y además había dejado de ser fácil ser generosos en un contexto internacional competitivo en el que la hegemonía [norte]americana hace tiempo había dejado de ser eje indiscutible de la organización del mundo. [Norte]América

sigue estando en el centro político y económico del mundo sin que en realidad esté hoy claro si el país puede permitirse ese desgaste de energías y atenciones y siendo, sin embargo, bastante claro que este hecho se ha convertido en un factor de demora en la necesaria construcción de un orden mundial más correspondiente a los datos de la realidad contemporánea” (Pipitone, 2000:72-73).

En la última década del siglo XX e inicios del siglo XXI ha aumentado el número de ONG. De hecho existen muchas redes internacionales de ONG y de plataformas que cubren todo el campo de la ayuda al desarrollo, y fue el encuentro de ONGs en el Foro Global la expresión internacional más importante del proceso de construcción práctica y teórica de una plataforma alternativa común. Se debatieron, negociaron y firmaron tratados o compromisos entre organizaciones no gubernamentales de todo el mundo, en búsqueda de alternativas a las concepciones desarrollistas que prevalecían en la conferencia oficial¹⁴⁹. Por su parte, los organismos internacionales van orientando sus informes y declaraciones a este nuevo discurso del desarrollo. Así, en el informe del secretario general de Naciones Unidas titulado *Un programa de desarrollo*, presentado el año 1994 a la Asamblea General durante el cuadragésimo octavo período de sesiones, se reconocen cuatro dimensiones que condicionan al desarrollo humano y sobre las que éste interactúa: progreso económico, medio ambiente, justicia social y democracia¹⁵⁰.

Los principales organismos internacionales con competencia en materia de desarrollo (el Fondo Monetario Internacional, la Secretaría General de Naciones Unidas, el Banco Mundial y la OCDE), reunidos en Ginebra en 1995 con motivo de la revisión de los acuerdos de la Cumbre de Copenhague, “suscribieron un documento conjunto bajo el

¹⁴⁹ En el discurso alternativo “el objetivo fundamental de la organización económica es satisfacer las necesidades básicas de la comunidad, tales como alimento, techo, vestido, educación, salud y disfrute de la cultura. La organización de la vida económica en torno a economías locales, relativamente autosuficientes, descentralizadas, controlando y administrando sus propios recursos productivos y con derecho a salvaguardar su propio nivel ambiental y social, se convierte en algo esencial para la sustentabilidad. Ello contribuiría al apego al lugar, estimularía la administración ambiental, aumentaría la seguridad local de los alimentos y serviría para reforzar las identidades culturales distintivas. De esta forma la comunidad sería la base de la construcción de la democracia directa y participativa para asegurar la descentralización del poder y de los medios que dan poder para la formación de la nación humana universal, donde se realice la armonía de la familia humana y de los demás seres y ecosistemas, con solidaridad y cooperación, en el respeto profundo de las diferencias, excluyendo todo tipo de dominación” (Gimeno y Monreal, 1999:245-246).

¹⁵⁰ Peredo Pombo (1999).

expresivo rótulo de 2000. *Un mundo mejor para todos*, en el que se reafirmaba el compromiso de los firmantes con las llamadas Metas Internacionales de Desarrollo que recogen, con ligeros matices, las aprobadas previamente por el CAD. En ese documento se expresa, además, que al aceptar esos objetivos ‘la comunidad internacional contrae un compromiso con los sectores más pobres y desvalidos de la tierra, y consigo misma’ ” (Alonso y FitzGerald, 2003:11). Por último, un año más tarde, en la Cumbre del Milenio convocada por Naciones Unidas, “esos mismos objetivos son respaldados por el conjunto de los países participantes –desarrollados y en desarrollo–, integrándolos dentro de lo que se va a conocer como la ‘Declaración del Milenio’. El ímpetu renovador que estos nuevos compromisos expresan debían tener su continuidad en la Conferencia Intergubernamental que Naciones Unidas programaba realizar para comienzos de 2002, con el objetivo de debatir los problemas relacionados con la ‘Financiación para el Desarrollo’. Había muchas razones para que la convocatoria de esa Conferencia despertara notables expectativas. En primer lugar, era una forma de comprobar hasta qué punto las declaraciones de los donantes se traducían en compromisos efectivos en materia financiera” (Alonso y FitzGerald, 2003:11-12).

La amplia agenda prevista para la Conferencia integraba aspectos como el comercio, la inversión, la deuda externa, la ayuda internacional o la movilización de recursos domésticos, todos ellos aspectos de crucial relevancia para las posibilidades de progreso de los países en desarrollo. Animado por la voluntad de otorgar mayores holguras a las políticas nacionales de los países en desarrollo, el documento, elaborado por una comisión de expertos y presentado en diciembre de 2000, demandaba unas menores dosis de doctrinarismo por parte de las instituciones internacionales, especialmente en los ámbitos relacionados con la liberalización financiera, al tiempo que sugería propuestas de reforma tanto en los países en desarrollo como en el marco normativo internacional en el que aquellos se insertan¹⁵¹. Sin embargo, el documento finalmente acordado, que fue negociado previamente a la realización de la Conferencia en el denominado Consenso de Monterrey,

¹⁵¹ “Desde sus orígenes, la iniciativa de la Conferencia se enfrentó a la resistencia de diversos países – particularmente, de Estados Unidos–, que veían con prevención que Naciones Unidas se inmiscuyese, de forma abierta y pública, en un terreno tan sensible como el que se regiere a las relaciones económicas internacionales” (Alonso y FitzGerald, 2003:12).

confirmó una vez más que la comunidad internacional es más proclive a la formulación de declaraciones que a la adopción de compromisos, pues apenas contiene acuerdos efectivos que trasciendan la mera expresión de intenciones. En el entorno de 1996, el Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD) de la OCDE elabora uno de los documentos de mayor alcance estratégico de los últimos años relativo a la política de ayuda al desarrollo. Su título *El papel de la cooperación para el desarrollo en los albores del siglo XXI* “da idea del tono de manifiesto fundacional que se le quiere otorgar al texto aludido. En realidad, en ese documento se condensa el esfuerzo de revisión doctrinal de la ayuda al desarrollo que había puesto en marcha el CAD unos años antes y que había dado como primer subproducto la declaración titulada ‘Hacia una asociación para el desarrollo en el nuevo contexto mundial’, que fue suscrita en 1995 por la comunidad de donantes. Son muy diversas las aportaciones que se contienen en el documento citado, unas referidas a aspectos doctrinales básicos de la política de ayuda al desarrollo, otras a las formas de enfocar la acción de los donantes. En conjunto comportan una seria revisión en las formas previas de proceder que, lamentablemente, sólo en muy pequeña medida han sido trasladadas al ámbito de las realizaciones efectivas” (Alonso y FitzGerald, 2003:9).

Hay que destacar que dentro de las redes estratégicas de las que son ahora parte los Gobiernos tienen un papel único. Entre otras cosas, su implicación es capaz de transmitir legitimidad a los actores no estatales y de conseguir formas de acceso que de otra manera sería denegadas. Al mismo tiempo, “los Gobiernos controlan las Fuerzas Armadas, cuyo despliegue va cada vez más ligado a las actividades de las agencias de ayuda y de las compañías privadas. Mientras que el gasto general en desarrollo está bajando, los Gobiernos todavía controlan considerables presupuestos para la ayuda que pueden financiar muchas redes y actores estratégicos. Desde esta perspectiva, no es tanto que el poder de los Estados haya caído, sino que los Gobiernos están tratando de usar su posición oficial y los recursos que controlan para asegurar su autoridad de nuevas maneras” (Duffield, 2004: 107-108)¹⁵².

¹⁵² Kaldor (2005) describe las siguientes nuevas formas de guerra generadas por el fin de la Guerra Frías: 1) la guerra de redes, como aquella forma de guerra que libran las redes armadas de actores no estatales y estatales, que se hicieron más visibles debido al fin de la Guerra Fría y su número aumentó durante este periodo, provocando un sufrimiento civil mucho más acusado; 2) la guerra espectáculo, practicada principalmente por Estados Unidos, se caracteriza por realizarse a larga distancia, utilizando aviación avanzada y tecnología de

misil, o bien aliados locales sobre el terreno para evitar víctimas propias. La guerra espectáculo es el instrumento que tienen las estructuras heredadas de la Guerra Fría de retener su poder en un contexto en el que los ciudadanos estadounidenses ya no aceptarían las condiciones de un contrato nacional anterior, es decir, la disposición a morir en la guerra, y 3) la guerra neomoderna, derivada de la evolución de las fuerzas militares clásicas dentro de grandes Estados en transición. Estados que están viviendo la transición de una economía centralizada a un sistema orientado al mercado, más abierto internacionalmente, y que, sin embargo, son lo bastante grandes como para conservar un abultado sector público e impedir la desmembración, como son los casos de Rusia, India y China. Para este autor, estos tres tipos de fuerzas armadas al emprender guerras provocan sufrimiento indiscriminado para los civiles sin que con su accionar resuelvan los conflictos.